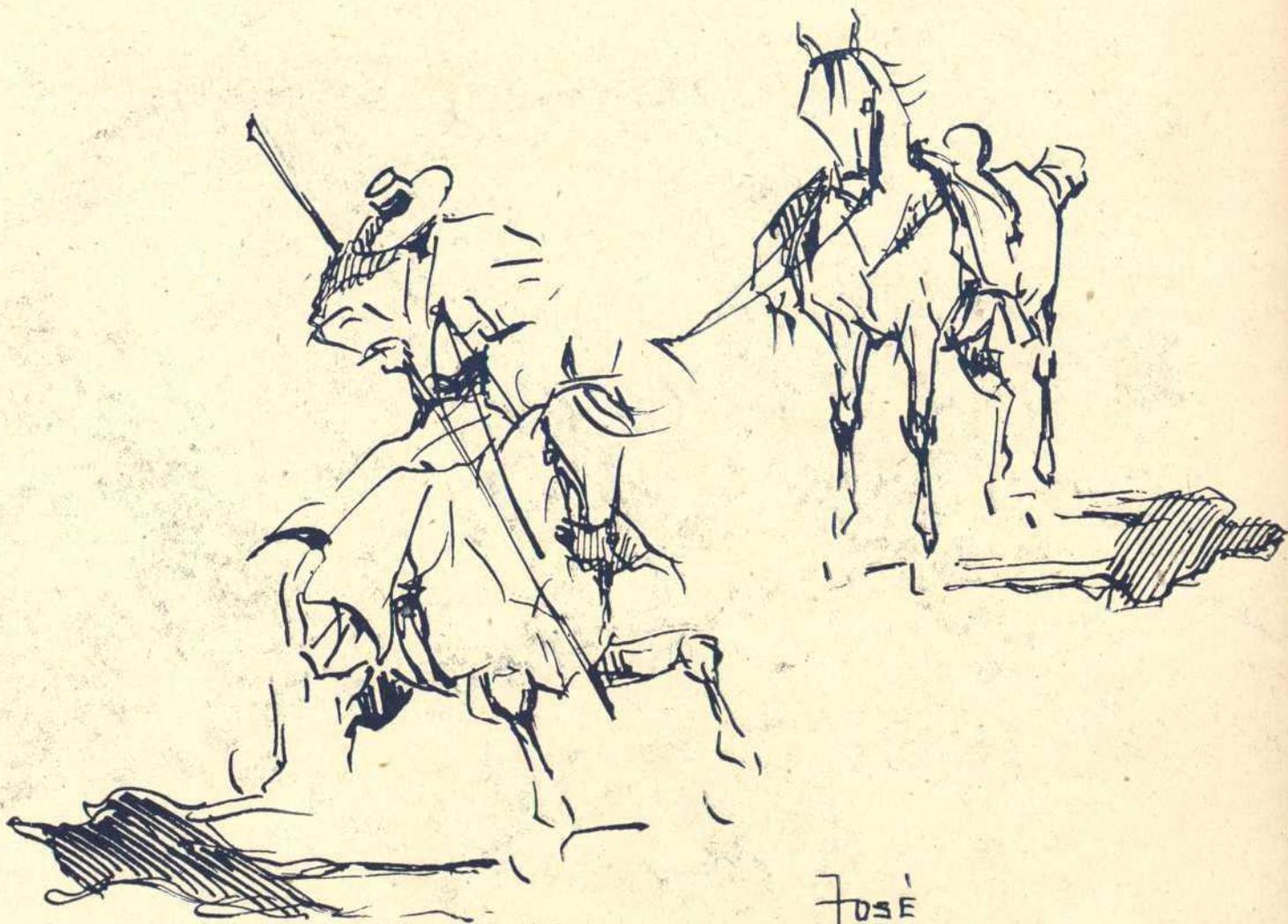
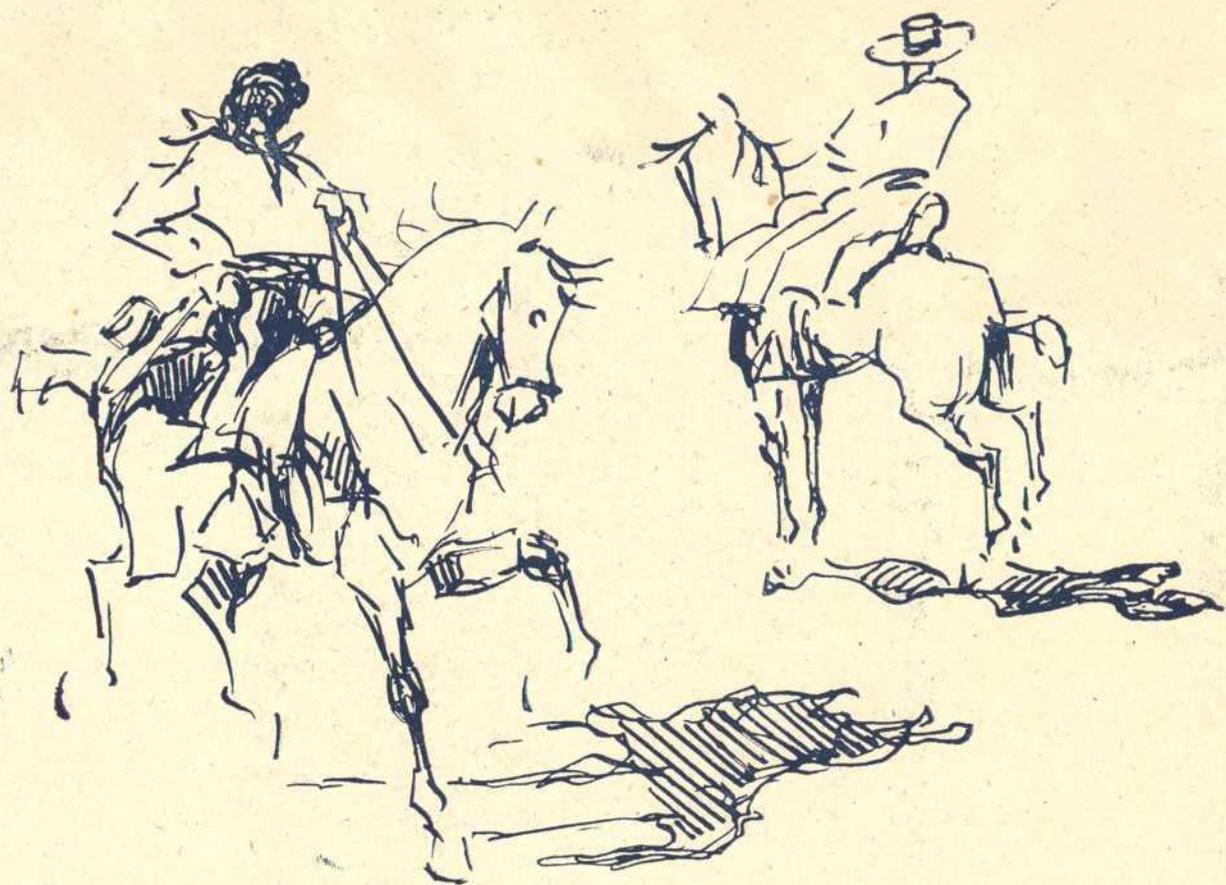


# El Ruedo

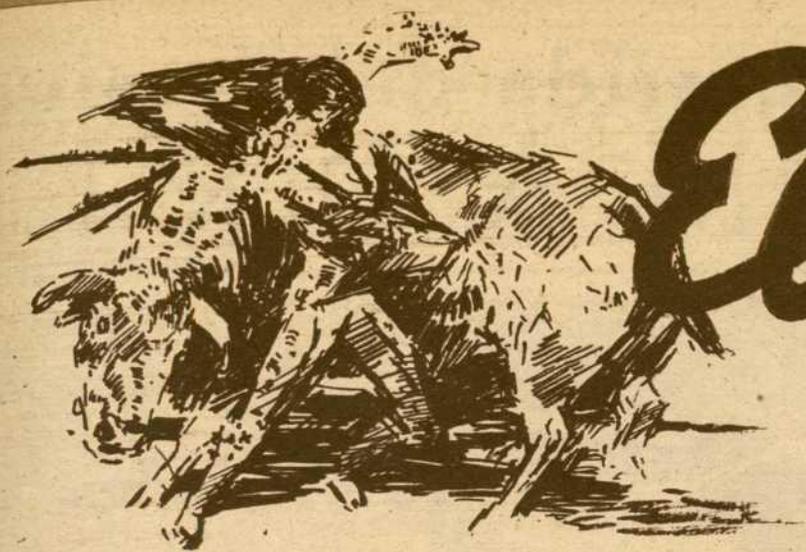


2

Ptas.

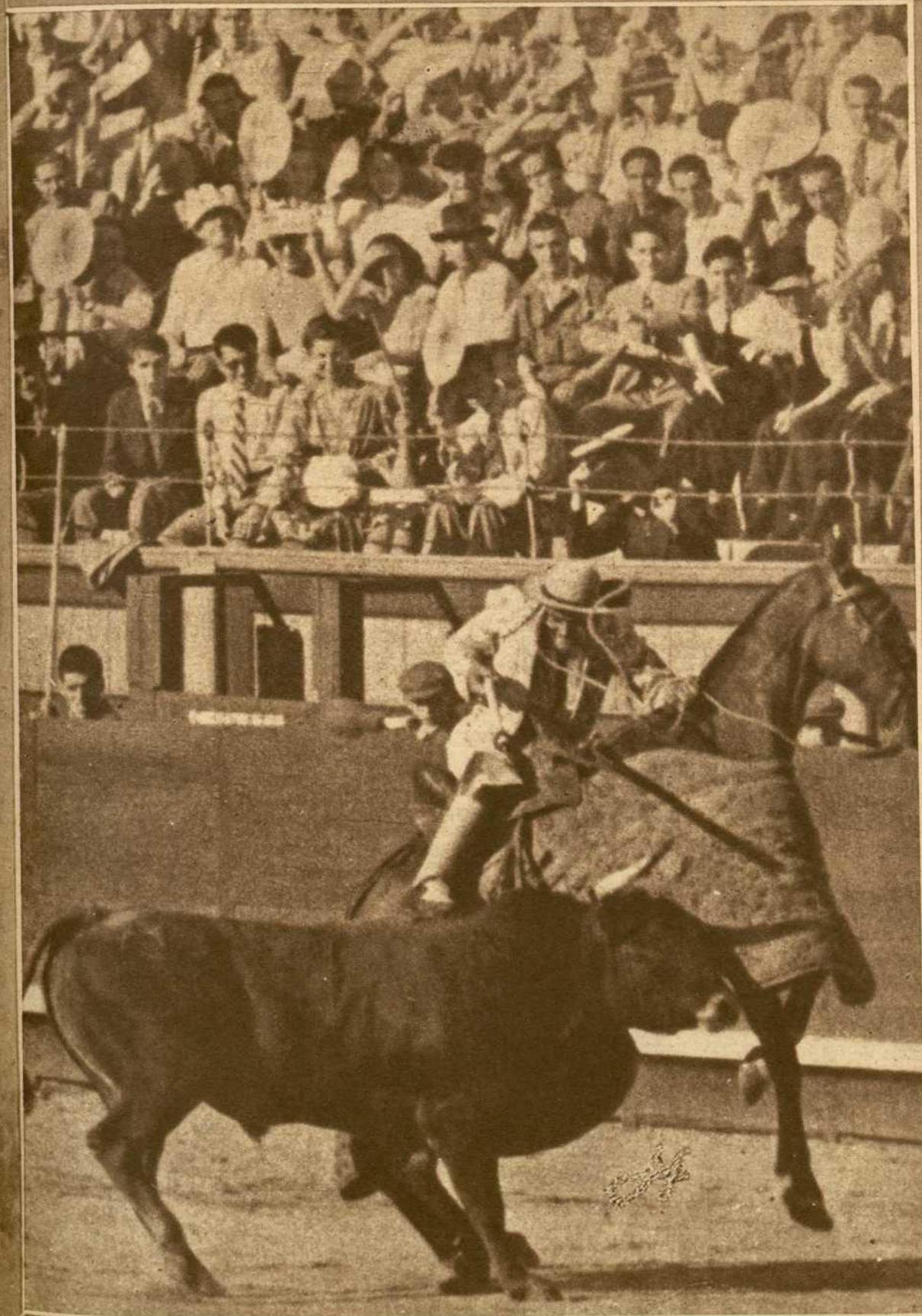


JOSE  
VALENCIANO  
946



# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA  
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA  
Año III - Madrid, 25 de julio de 1946 - N.º 109



—¡Déjalo...! ¡Déjalo que romanee...!

Así dicen que le gritó una tarde el Guerra a un compañero, que acudía a llevarse a un toro de la querencia del caballo, en el que se cebaba con furia.

Y aquella tarde quedaron ya trazados —¡ay!, mal trazados— los nuevos rumbos del toreo. A partir de entonces, la suerte de varas dejó de ser gallarda, para ganar en eficacia lo que perdía en belleza. Y los viejos cánones del toreo a caballo se fueron empolvando, porque el caballo pasó a ser instrumento pasivo, y los piqueros no precisaban ser jinetes...

Que enganche el toro, que romanee, que pierda en los caballos la pujanza y la fuerza... Y para eso no era preciso que el jaco diera el paso atrás, ni tuviera la boca en condiciones. Con que se mantuviera en pie, por un milagro de equilibrio, mientras durara el tercio, era bastante.

Iniciada ya la pendiente, el primer tercio de la lidia no es más que un débil y borroso recuerdo de lo que fue. ¡Agujetas, Badila, El Chano, Zurito, Los Carriles, Melones, Arriero, Camero, Catalino...!

Eso pasó. Coger los altos del morrillo no es cosa que interese al piquero; porque los toros echan más sangre cuando se les agarra por la paletilla o por los lomos, y el toreo discurre por esos cauces...

Hace unos días, un viejo picador, que dice con orgullo: «Yo iba en la cuadrilla del difunto José...», se lamentaba del espectáculo que ofrecen los varilargueros cuando toman los ramalillos con la boca y agarran a dos manos la vara de detener...

No nos fijemos en detalles. El mal es de raíz, y la raíz parece ser que la puso Guerrita, cuando le dijo un día a un lidiador:

—¡Déjalo...! ¡Déjalo que romanee...!

# PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



**C**UANDO ya estaba ultimado el cartel de la Feria de Valencia, en pleno desarrollo hoy, se supo «oficialmente» que, al fin, el mejicano Carlos Arruza había decidido abandonar su descanso y presentarse en Barcelona el día 3 de agosto próximo. El revuelo producido por la noticia tuvo mucho mayor volumen y repercusiones entre las Empresas que entre los aficionados.

Aquellas pensaron rápidamente —demasiado rápidamente quizá— en las pingües ganancias que este diestro les produjo en unión y en competencia con Manolete. Los aficionados, en cambio, se apretaron intintivamente los bolsillos.

Como la pólvora cundió la noticia, a la vez que se conocían otras de más compromisos contraídos por Arruza con otras Empresas. La cifra de veinte o veinticinco corridas fijadas como tope por su apoderado para torearlas en lo que queda de temporada ya estará varias veces cubierta por la demanda. Arruza está ahora a tiempo de labrarse otra fortuna como la del año pasado, y no creo que desaproveche la oportunidad que se le ofrece, porque dentro de unas semanas las cosas podrían cambiar.

Ahora, las Empresas y entidades organizadoras de los feriales veraniegos van y vienen enloquecidas, celebran entrevistas, conferencias telefónicas, suplican, casi imploran, como mendigos; se avienen a la más exagerada exigencia económica y aun la rebasan con sus ofrecimientos con tal de obtener la firma del codiciado contrato. Mañana, cuando todo esté en marcha, se harán los carteles a tono con la importancia del acontecimiento. Bajo la estampa tofera del diestro, en el teléfono o en la arrucina, o en el par de banderillas, gruesos caracteres destacarán el nombre del mejicano, y más abajo, en una tipografía molesta para su fácil lectura, vendrá lo gordo: los precios.

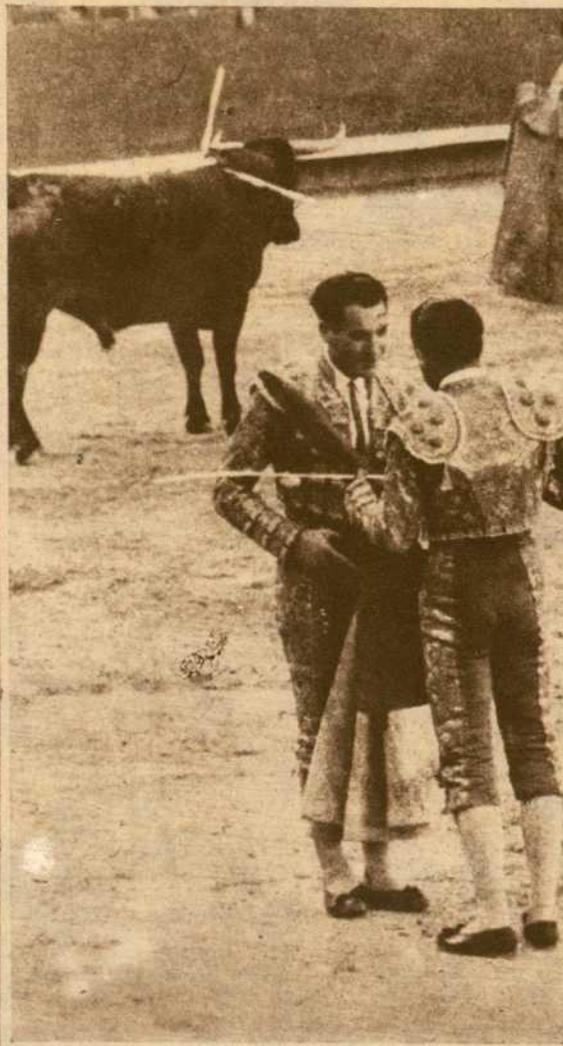
Todo esto sin el menor tanteo del respetable público pagano y sin esperar el resultado de las primeras corridas, como dando por seguro, por infalible, el negocio.

Es posible que no se equivoquen y que pasado mañana se sepa que las vacas gordas del negocio taurino vuelven a pacer orondamente por los ruedos de España; pero es también posible que ocurra todo lo contrario y entremos de lleno en lo más agudo y peligroso de esta temporada, de indudable crisis para la fiesta.

Y aunque no creo en el derrumbamiento de nuestro caro espectáculo, señalo, con verdadera preocupación el hecho, pues de él, aun en el mejor de los casos, no habrán de desprenderse grandes ventajas, a no ser para Carlos Arruza. Me da la sensación de que se aplica una droga heroica, de inciertos resultados, a un enfermo extremadamente grave, a un enfermo de esos con los que ya se intenta todo con la frase tremenda de que lo más grave que puede ocurrir es que se muera.

Contra viento y marea sostuve aquí, más de una vez, el derecho a descansar de los que quisieran hacerlo, y si es cierto que así escribí, por un elemental respeto a las decisiones ajenas, no lo es menos que pensaba en la desorbitada ascensión de precios que habría de producirse. El público también tiene derecho a que descansen sus bolsillos.

# La corrida del domingo en MADRID



Cañitas le hace a Luis Mata la cesión de trastos. Al fondo, el noble toro aguarda al novel matador

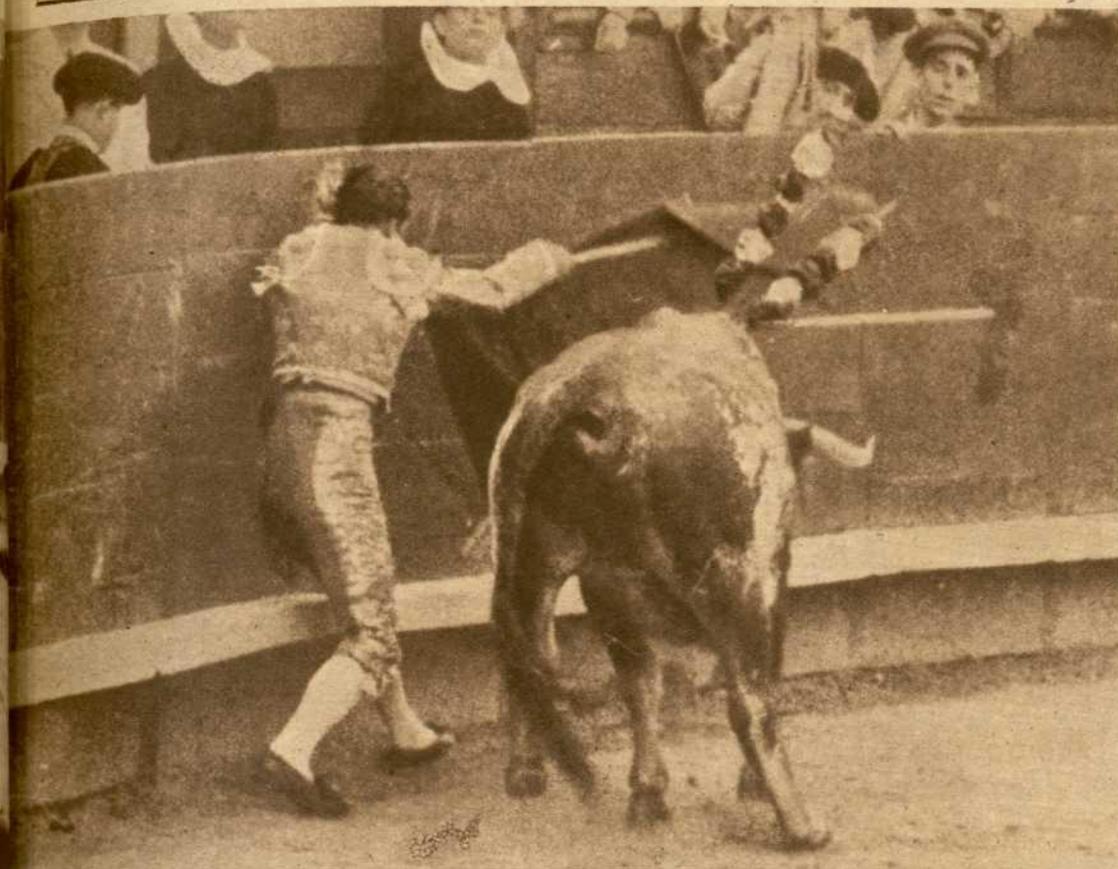


Luis Mata en un pase con la manga derecha



Así metían la cabeza en el engaño los miras que se lidiaron el domingo. Dirán ustedes que el péon es nada menos que El Boni. Es cierto. Pero... lo dicho. Así embestían los toros de don Eduardo

# Cañitas, Julián Marín y Luis Mata Reses de don Eduardo Miura



Cañitas aguantó en el estribo las arrancadas de su primer toro, que se revolvió con codicia y derro-  
tó en las tablas en dos de los muletazos



Julián Marín en una manoletina a su  
primer toro



La actuación triunfal de Luis Mata tuvo este  
epilogo brillante para el torero (Fotos Hermes)

## LA SEMANA EN LAS VENTAS

# ARAGON P'ALANTE



**E**N la corrida del jueves, Juanito Belmonte, Pepe Luis Vázquez y Morenito de Talavera salieron de la Plaza entre silbidos estridentes; y bien que no contra ellos, sino, simbólicamente, contra la arena que acababan de abandonar, se estrelló el malhumor en forma de arrojadizas demasías.

Este mal genio del público se debió a la manera que tuvieron los espadas de «dejarse ir», de no rebasar un ápice el juego de un ganado soso, topón y con freno, que, herrado con el de Villamarta, nos sirvió

don Salvador Guardiola, propietario de una de las más abundantes parcelas en que se ha dividido el hierro originario. Toros engordados con mucho aparato de grasas y unas cabezas diminutas y diseñadas con vista a la inofensividad. A ratos, luchó algo con celos Belmonte, es verdad, con sus características y tópicas rabietas. En los momentos en que el ganado se ponía a favor del torero, Pepe Luis estuvo artista, para ceder en cuanto el toro hacía el más leve gesto contradictorio. Y Morenito, con la voluntad apagada, apenas se vió. El resultado fué la desilusión y el hastío. Al final, silbidos para todos.

El domingo se corrieron miuras. El domingo salieron en hombros Luis Mata y Cañitas, neófito y padrino de la confirmación de alternativa.

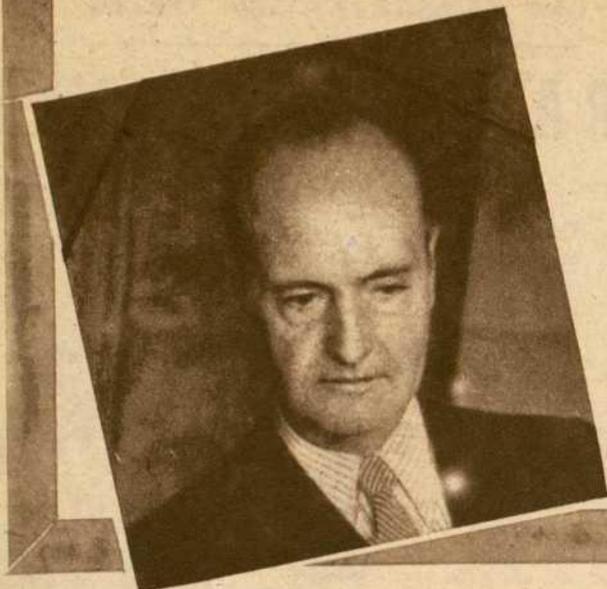
Los toros de Miura resultaron magníficos. Primero se dejaron torrear —el que se arrimó y quiso— con la nobleza de la ganadería más a la moda, y aun mejor. Sí, mejor, porque añadieron a esa cualidad la alegría de una casta, una fina estampa y ese algo indefinible que señala la presencia de una raza de añeja estirpe. Toros jóvenes parecían, y acaso en ello hemos de buscar la razón de que no asomaran las dificultades de los miuras tradicionales. Alguno, como el primero, fué blando de remos, y uno da en pensar qué barbaridades hubiera dicho de él el viejo don Eduardo, que ya se enfadó mucho cuando Belmonte pudo coger por la mazorca a uno de sus toros en Sevilla.

Y triunfo de los toreros que los vieron. Y que, para vellos, empezaron por echar valor para vencer los prejuicios que desde Pepete acá —y ya ha llovido— tiene la divisa. En primer término, quiero destacar el triunfo del zaragozano Luis Mata. Que veroniqueó superiormente, lanceó al resplandor, por gaoneras, chicuelinas, faroles de pie y de rodillas, entre grandes ovaciones, y que muleteó al natural y en redondo y se adornó con toda clase de novedades. Todo con valor, valor y valor, para volcarse en el morrillo y matar a dos miuras de dos estocadas y un descabello. Para oír ovaciones constantes, cortar una oreja —su faena al último fué justísima de extensión—, salir en hombros y haber dado tres vueltas al ruedo en el primero, como compensación a la decisión presidencial de no conceder la oreja, que se pidió con abrumadora —y gritadora— mayoría. Triunfo de los que colocan a un torero.

Cañitas salió en hombros. Algo fué remolcado por Luis Mata, que fué el acicate de la tarde. Pero Cañitas, que es un bravo, tuvo de bueno el que aceptó la nobilísima pelea, y en quites y en ovaciones compitió con el aragonés, echando el valor a torrentes. (Cañitas veroniqueaba arrodillado, y el de Zaragoza respondía faroleando en la misma posición. La Plaza echaba humo.) Si esta fué la razón del paseo en hombros, no hay que recatar ni a nadie sorprenderá el que Cañitas, que pareó bien a secas, que aprovechó la nobleza del segundo toro para la mejor faena del mejicano en Madrid, al estribo y por naturales, redondos y manoleínas, y que se quedó sin oreja por no acertar con el estoque; pero que le valió dos vueltas al ruedo, alcanzase un buen triunfo, que no empañó el que sólo cumpliera con el sustituto de don Angel Pérez —¡el sexto! ¿Habrán más?—, manso de solemnidad.

Julián Marín, que comenzó fino, enterado y con clase, se fué abajo, emparedado un poco entre aquella avalancha de sus compañeros. Acaso fué el que toreó con la 'vista fija en la divisa, y su voluntad le flaqueó, sobre todo, matando. No estuvo mal, pero sí por debajo de sus toros —del quinto, sobre todo— y de lo que su tesón le ha conquistado por así

EL CACHETERO



Nicanor Villalta

## Indignación de un apoderado; perplejidad de otro... y la justificación de un criterio presidencial

**C**UANDO el señor Presidente flameó el albo pañuelo para que el espectáculo diera comienzo, la inmensa mayoría de los espectadores estaban en antecedentes de la laboriosa gestación de la corrida.

Durante buena parte de la semana anduvo la Empresa azacana para que los seis toros de Miura fueran lidiados por tres destacadas figuras de la torería. Si éstas u otras del mismo rango no se desdennan de torearlos en provincias, ¿por qué en Madrid habían de hacerles remilgos?

Ante las rotundas negativas, hubo de echarse mano de tres valientes, dispuestos siempre a reafirmar sus triunfos precedentes, sin preocuparse por «terroríficas leyendas».

El público, conocedor del proceso preliminar de la corrida, acoge con salvas de aplausos a los espadas, al hacer el paseillo.

\*\*\*

Hay expectación por lo que pueda ocurrir esta tarde. Los aficionados pesimistas temen que los tres matadores que han pechado con la responsabilidad de despachar la corrida no puedan andar desahogadamente entre los miuras. Se teme, porque acaso el gran deseo de alcanzar las palmas los lleve a sufrir algún lamentable percance.

Desde el primer lance, el nuevo doctor aragonés demuestra que ha salido a «colocarse», a hacer méritos para firmar contratos, y que para conseguirlo no vacilará en meterse dentro de los terrenos del toro.

Y la gente, harta de aguantar los salpicados destellos de los estilistas al uso, ovaciona con ahinco el valor sin tasa de Luis Mata.

Cándido García, apoderado de Cañitas, viene en el segundo toro al burladero, para poder estar más cerca de su torero.

—¡Que no está el toro para eso! ¿No ves que está muy cruzado?—grita verdaderamente angustiado, al ver al mejicano iniciar la faena sentado en el estribo.

Cañitas no está para que le lleven la contraria, y tira admirablemente del bicho en varios muletazos, tan artísticos como valerosos.

Se perfila para entrar a matar, y el Boni, que ha salido en su cuadrilla, le aconseja que lo reciba en la suerte na-

tural. El matador se precipita, y la estocada resulta contraria.

—El toro no me igualaba, apoderado —explica el mejicano al llegar hasta nosotros para enjugarse el sudor y hacer los gargarismos del caso.

—Salvo la estocada, no se puede hacer más al toro, que lo que le acabas de hacer —le tranquiliza su representante.

—Lo que hace falta es que nos salgan los seis así—oigo decir al baturro, camino de su puesto.

Asistimos en el tercero a un lucidísimo tercio de quites. Pepe Atienza recarga más de la cuenta, y es abroncado. Orteguita, con su salsa característica, clava dos pares formidables.

Julián evidencia su calidad de torero largo e inteligente; pero no alcanza el éxito defi-

nitivo. Luego nos explica que al toro lo han cambiado de tercio demasiado de prisa, y por este motivo ha llegado nerviosillo a la muleta.

—No saldrá este como los otros—profetiza un peón del mejicano, al tiempo que dan suelta al cuarto de la tarde.

Y no se equivoca. El inefable morucho de la inacabable camada de don Angel Pérez justifica las protestas hechas en el reconocimiento matinal por Cándido García. Este pretendió fuera sustituido este toro por otro de López Plata. El azar hizo que el bicho motivo de sus protestas quedara adjudicado a su torero.

—No se deben traer moruchos a Plazas de esta categoría—tronaba indignado, al ver a Cañitas trotar infructuosamente tras el mansurrón.

—No banderillees ese toro —clamó el torero—. A doblarte con él y a matarlo pronto.

Pero Cañitas, eludiendo la mirada homicida de su mentor, solicita los palos.

Sigue la lidia y siguen los alardes de temeridad del baturro y del mejicano. En cambio, el navarro no se encuentra a sí mismo.

Al concluir la corrida, Finito de Valladolid, que con gran tino lo pilotea, no se explicaba los motivos por los que Julián Marín no había dado en Madrid su natural rendimiento.

Oigo el acento inconfundible de los de las verdes riberas del viejo Ebro. Es Nicanor Villalta, que ante un grupo de amigos comenta:

—El toreo no es sólo arte; es también valor y arrojo, dos cualidades de las que no se ha escaseado esta tarde en el ruedo.

Atrapo, en fin, al caballero bondadoso y buen aficionado que nos ha presidido. Adivina mi pregunta, y se anticipa a contestarla:

—Una oreja concedida en la Plaza de Madrid es el galardón supremo que puede aspirar un torero. Su concesión ha de estar en razón directa al mérito desplegado y nunca a los sentimientos impresionables de los públicos o a una faena de efecto.

La Presidencia, siempre propicia al premio y al estímulo, no ha podido sustraerse al recuerdo de que presidía una corrida en la primera Plaza del Mundo, cuya categoría obliga a no caer en fáciles concesiones.



Pinito de Valladolid y el Boni entre barreras

## A VISTA DE TENDIDO

Todos los del pueblo.—Valor de la crítica.—Las presunciones se confirman.—Un "pero" con la mano sobre el corazón

UNO vino del pueblo donde está veraneando —acompañado de moscas, de niños llorones, de cardos, de hormigas y de los restantes encantos de la vida campesina.— Uno vino del pueblo y fué a los toros el domingo, porque toreaba Cañitas, que es un «jabato», y le confirmaba la alternativa a Mata, que es otro «jabato». Y porque había oído decir que el navarro Marín tenía dotes de gran muletero, y que los toros eran grandes, y que si tal y que si cual.

Ahora, con esa invención de los trenes eléctricos, se puede salir de las fragosidades de la Sierra a las cinco de la tarde y llegar a la Plaza de las Ventas a las siete en punto. «¡Ventajas de la «cevilización»! —como decía un simpático cateto que venía conmigo en el automotor—.

Y, en efecto, todas las presunciones de las corridas se confirmaron. Y nadie se defraudó. Pero sospecho que fuimos muchos los que vinimos del pueblo a la fiesta dominical, por los detalles que ahora diré. Tanto, que este modesto cronista, acostumbrado a manejar el catalejo más o menos simbólico, que le ayuda a recoger las impresiones para escribir el «A vista de tendido», se sintió desconcertado por cuanto sucedió en el ruedo y en sus contornos y alrededores. Y al acabar la función, bajó a grandes zancadas los escalones que separaban su alta localidad del puesto de los respetados y admirados maestros de la crítica, y en uso de la confianza y tolerancia que, por vieja e invariable amistad, alguno de ellos le dispensa, se atrevió a preguntar: ¿Qué ha pasado aquí?... ¿A qué viene semejante apoteosis?... Y con oído atento escuchó la respuesta: «Pues que ese muchacho simpático y modesto, y por modestia y simpatía, y por su ancha sonrisa, «ídolo popular», se la ha jugado, con un valor a prueba de bomba, aunque fuera atómica... Y que si supiera torear se haría el amo.»

No hacía falta añadir ni una palabra más. Por algo tiene uno su fe puesta en los críticos. ¡Quién fuera crítico! O lo que es lo mismo, ¡quién supiera escribir! Porque todos ustedes habrán oído o leído, y si alguno no lo sabe, conveniente es decirselo, que el verdadero origen del más moderno periodismo y aun de la más nueva literatura reside y radica en la crítica de toros. No sólo los valores poéticos y metafóricos, la gran invención, pueden rastrearse y hallarse en la prosa de nuestros más populares revisteros, sino también ese impresionismo casi pictórico, ese estilo colorista, sobrio y preciso, del punto y seguido, del adjetivo original y definidor, del tiempo presente, del paréntesis oportuno, de la admiración y de la exclamación, que lo dice todo. Y también del juicio sobrio y exacto, condensado y con sus ribetes de ironía, como ese «se la ha jugado», al que se le añade un «¡y si supiera torear!...», que nos dió la clave exacta de la corrida del pasado domingo.

Marín, muñeca flexible, serenidad, tranquilidad, finura, pero carencia de gracia, de garbo, de «ángel», era como una loncha de aire en el bocadillo formado por Cañitas, el «loco de los ruedos», el que da la cara o la espalda a los toros, ¡es igual!, y quebranta las leyes de la gravedad y del equilibrio y aguanta lo que no aguanta nadie, y le echa emoción al capote, a las banderillas y, sobre todo, a la muleta, como para no defraudar en tal aspecto ni a los más exigentes. Y por

## EL LAPIZ EN LOS TOROS

De la corrida del domingo en Madrid, por Antonio Casero



1. Luis Mata en el toro de su alternativa y rematando un quite.—2. Los miuras dieron fuertes batacazos...—3. De la faena de Cañitas en su primer toro

Mata, que en sus dos astados toreó justamente por el lado que «achuchaban» —lo cual es una prueba o de temeridad o de desconocimiento—; pero que tanto en esas faenas como en quites se acercó, se paró, se ciñó, y, como decía uno de los maestros de la crítica, «se la jugó». Y nosotros añadiríamos: «Y se la ganó».

Pero no la bronca, sino la ovación triplicada, las tres vueltas al ruedo, la protesta contra la presidencia porque no quiso concederle la oreja en su primer toro —a nuestro juicio modestísimo, y con todos los respetos, muy acertadamente—. Y ya, con esa coacción, con ese prurito de delirio y de simpatía popular, y como el muchacho —todo hay que decirlo— mantuvo en alto el nivel y la bandera de su valor, la oreja se cortó sola en el último de la tarde. Y llegó aquel desbordamiento del entusiasmo, de los aplausos continuados, de los abrazos, de los pa-

seos en hombros, a la par de Cañitas, y del retorno a los abrazos de ambos diestros en andas de muchedumbre.

Las presunciones que existían acerca de la corrida se confirmaron: hubo toros y toreros, y faenas, y estocadas, y rodillazos, muchos rodillazos —una tarde genuflexa— y valor temerario como para parar un tren, uno de esos trenes eléctricos —ventajas de «cevilización»!— en los que vinimos desde la Sierra a Madrid todos los del pueblo.

Pero —¡siempre «el pero» dichoso!— con la mano sobre el corazón, y sin negar el mérito debido a los muchachos, aquel maestro de la crítica, ¿tenía razón cuando añadía lo de «y si supiera torear...»? La insistente petición de oreja, las tres vueltas al ruedo, la apoteosis y alegoría final, ¿se llaman o no «revanchismo»? Así quedan las cosas en su punto.

ALFREDO MARQUERIE

# El maestro ALONSO nos habla de pasodobles toreros

Y nos refiere la historia de algunos de los más famosos que ha compuesto, con los que piensa hacer una edición



Unos compases del popular pasodoble «Yo soy torero»



El maestro Alonso trabaja activamente

El complemento de esa maravilla de luz y color que es la fiesta de toros es el pasodoble. Con él se añade el sonido como factor imprescindible de la fiesta nacional. Música, luz y alegría. Y al pronunciar estas tres palabras, ha acudido a nuestra memoria un nombre: Francisco Alonso.

Siempre que se hable de pasodobles, habrá que nombrarle. Más de doscientos brotaron de su pluma, de su inspiración jugosa y pinturera.

Y por eso, en esta tarde soleada —tarde de

faena de las grandes— hemos acudido a su domicilio con una pregunta en los labios. Una acuciante pregunta:

—¿Cuáles son las principales características que debe tener un buen pasodoble torero?

—El buen pasodoble —nos ha dicho don Francisco— debe ser muy alegre; pero debe tener, al mismo tiempo, un fondo de tristeza, un poco de tono menor

—¿Qué es lo primero que debe tener en cuenta el compositor de un pasodoble torero en el instante de ponerse a componerlo?

—Primero, debe buscar un tema de carácter torero. Un tema en el que haya caireles, tarde de toros, sol, manzanilla, cielo azul...

—Y, ¿una vez conseguido esto?

—Una vez logrado esto, hay que inyectarle lo que se llama la cadencia flamenca.

—¿En qué consiste esta cadencia?

—Esto no se lo puedo explicar a usted nada más que tocando el piano...

Y el maestro Alonso se sienta ante el piano y nos explica prácticamente en qué consiste la cadencia flamenca. Como no tenemos un piano a mano, nos vemos en la imposibilidad de explicárselo nosotros al lector.

—Después de la cadencia flamenca hay que darle al pasodoble un fondo sentimental: la tragedia que late siempre en la fiesta.

Tiramos de lápiz para trazar el perfil de nuestro comunicante, y mientras se lo trazamos nos va diciendo:

—Hay muy pocos pasodobles toreros logrados. La gracia y la elegancia se tienen que aunar, y conseguir el equilibrio entre las dos es muy difícil.

El maestro Alonso está en mangas de camisa, sentado ante el piano. Por las rendijas de las persianas se cuele la luz viva de la tarde calurosa. Es el día más largo del año.

—Le voy a interpretar a usted —nos dice el maestro— uno de mis más populares pasodobles, el titulado «Yo soy torero», de la revista «Las tocas».

Calla un instante y sus manos se posan sobre el teclado. Se inclina levemente hacia él el compositor granadino y comienza a interpretar el pasodoble. La habitación se llena de garbo y de luz, de nostalgia, de tristeza y de alegría...

—¿Cuántos pasodobles habrá usted compuesto en su vida?—le preguntamos.

—Más de doscientos —nos responde—. De todas clases, modelos y tendencias. Desde el patriótico, como el «Banderita» de «Las corsarias», hasta el de aire militar, como el de la película «Forja de almas».

Y van surgiendo títulos de su boca.

—«La bejarana», el pasacalle de «La calesera», «Carmen, la cigarrera», «Las talaveranas», «La horchatera valenciana»... Precisamente ahora voy a editar todos mis pasodobles, más que con vistas a España, con miras al Extranjero, donde tanta admiración se tiene hacia esta música tan genuinamente española... Ya he publicado el primer tomo, que comprende siete pasodobles...

Detenemos un instante la ametralladora de nuestras preguntas, instante que aprovechamos para hacer otro apunte del maestro.

—Otro de mis pasodobles populares es el de «La festa del poble», que se interpreta en Alicante todos los días como nota de sintonía de la emisora local, y que se toca continuamente en la bella ciudad mediterránea, y principalmente en la época de las Fogueras de San Juan. Los alicantinos consideran este pasodoble como algo consustancial suyo.

El entusiasmo con que habla don Francisco Alonso —Paco Alonso, como le llaman los amigos— de Alicante demuestra lo mucho que es apreciado allí.

Nuevamente se sienta ante el piano el popular compositor, y con un gesto de majestuosa seriedad toca el famoso pasodoble alicantino. Un aire, entre moruno y torero, sacude nuestros nervios. Y cuando termina la última nota queda temblando en la atmósfera el último acorde como con pena, por haber salido del piano.

—De sus pasodobles toreros, ¿cuál es el que realizó usted con más agrado?

—El que hice para Villalta, y que titulé «El maño torero». Villalta me brindó un toro en San Sebastián. Yo correspondí al brindis enviándole un papelito que decía: «Vale por un pasodoble», y luego, después, se lo hice y se lo mandé...

—Maestro, ¿por qué no nos interpreta usted otro de sus pasodobles?

Paco Alonso no contesta nuestras palabras con la boca, sino con los dedos, que, saltando sobre el piano, nos dejan oír las alegres y briosas notas de «Banderita».

Al son de este brioso pasodoble terminamos nuestro perfil.

TORERO HASTA en la GALERIA FOTOGRAFICA

# ICONOGRAFIA de RICARDO BOMBITA

PASO largos y agradables ratos ante algunos retratos de toreros que ya se desvanecen y amarillean; retratos pasados de moda en relación con los gustos actuales de los toreros modernos, que parecen avergonzarse de su profesión que les sacó de penas y del anónimo. Así, me place contemplar viejas fotografías de Cúchares o del Gordito haciendo posturas ante un terrible toro, cuyo final no aparece en la cartulina por la razón sencilla de que del toro asustante sólo quedaba la disecada cabeza; lo mismo que me satisface ver al Espartero, o a Gorete, o

al Conejito, muy serranos ante un telón que representa la barrera de una Plaza de Toros, con la parte de tendido y gradas correspondientes, mas con la incongruencia imperdonable de que la parte del ruedo en la que asentaban las zapatillas estaba nada menos que empedrada como la de cualquier zaguan de mansión pueblerina; ruedo que, a existir en la realidad, mal lo hubieran pasado las cabezas de los picadores desestribados con aterrizaje violento sobre aquellos cantos rodados. ¡Digo, y con los bata-

cazos que proporcionaban los toracos de antaño, a los que no se les tasaban las arrobos ni se les oponía la muralla china de los petos!

Quizá tendréis razón si me objetáis que esta clase de fotografías tenían mucho «de teatro», llevado a una profesión tan auténtica como la de lidiar toros bravos; pero tampoco me negaréis que estos retratos eran de toreros que sabían serlo hasta en el momento de retratarse. Uno, quizá el último de los toreros cuya actualidad todavía tocamos, de los que fueron toreros hasta en una «galería fotográfica», lo hallaremos en Ricardo Torres, Bombita Chico, en sus comienzos, y Ricardo Bombita, en sus finales, pues ganó ampliamente para sí la popularidad del mote, por más glorioso para él que para su hermano mayor, Enilio, que duró un suspiro en los buenos puestos del escalafón taurino, por razones que no son del momento esclarecer.

La gracia, la torería, el dominio sobre los toros y sobre los bueyes, su hegemonía dentro de sus compañeros, su final caritativo al dejar asentado sobre magníficos cimientos su obra imperecedera, el Montepío de Toreros, me llevaron de calle en los tiempos de mis balbuceos de aficionado y pusieron la primera piedra de mis partidismos, de los que de ninguno me arrepiento, pues fiesta de toros sin pasión es algo tan desabrido como el arroz sin sal. ¡Ay! Todavía, y cuidado que han corrido años desde ese apasionamiento, me encoro cuando repaso textos antibombísticos, como los de Pascual Millán, Don Pío, o los de... ¡guarda, Pablo!, que los de algunos son de amigos, de excelentes amigos, y todavía viven; textos que me crisan los nervios como si todavía Ricardo —Ricardito— pasease por los ruedos su «eterna sonrisa».

Por los ruedos y por las galerías fotográficas, porque ya está dicho que el segundo Bombita, que en la Historia será el primero, supo retratarse con la misma desenvoltura que si tuviera ante sí el monstruo de las 13.013 cabezas —entonces no se habían construido Plazas Monumentales—, e igualito que si tendiera la muleta a un marrajo miureño de los que él hacía bravos con el prodigio del rojo engaño. ¡Quién pudiera tener todos los retratos que se hizo Ricardo en galería! La iconografía del de Tomares resultaría perfecta, y de la que podría deducirse un acabado estudio de lo que era el torero y el hombre. Pero son tantos y tantos los retratos que se reprodujeron en la Prensa



profesional y no profesional —Nuevo Mundo, Mundo Gráfico, Blanco y Negro...—, que resultaría difícil y trabajoso recordarlos todos y comentarlos uno a uno. ¡Qué propio aquél, con la sonrisa en los labios, todavía el capote de lujo sobre el hombro izquierdo, como si acabara de hacer el paseillo, en alto el brazo derecho en saludo alegre a un público imaginario de amigos que le

recibieran con aplausos! ¡Y qué propio también ese otro, en que Ricardo se asoma a la puerta de cuadrillas para ver si su fama llevó gente a la Plaza, y, molesto por el sol, se resguarda con la visera de su mano! Sensación de realidad en ese retrato, donde parece que el que lo mira se ve obligado también a entornar los párpados para que el sol no le moleste. Y, sin embargo, allí no había ni sol, ni puerta de cuadrillas; que, para derribarnos los palos de nuestro sombrero, ahí está esa columna que nos conduce a la realidad triste de la Galería. Y real también ese otro en el que Ricardo, con la muleta en la zurda, adelanta la pierna para enganchar con la muleta, con la pierna y con la voz, al indudablemente manso —que Ricardo parecía predeterminado a apenar con todos— que estaría detrás.

«Ricardo Bombita, torero hasta para retratarse. Con «gesto» de torero en todo instante, y con su sonrisa, que, delante del enemigo, se olvidaba de las treinta y tres cicatrices. Retratos de Ricardo en traje de luces, retratos con el por tantos añorado traje corto, retratos de correcto caballero particular al que no le estaba holgada la ropa de tal, porque Ricardo Torres era un perfecto señor, y, como tenía la cruz de Beneficencia, podemos decir que excelentísimo señor.

Sólo un retrato tengo ante mis ojos, en el que aparece con gesto triste y sin sonrisa, como si estuviera elegido de propósito. Un retrato que conservo cuidadosamente en mi archivo, con una dedicatoria puesta a los diecinueve años de haber dejado de ser torero. Una dedicatoria puesta a mi nombre «como recuerdo de aquellos tiempos». Y estas dos fechas: «Sevilla, 4-6-909, entonces. Hoy, 22 marzo 1932, en Barcelona».

Veintitrés años entre una y otra fecha, ¡y cuántas cosas pasadas! Para el torero y para los que habíamos sido sus acendrados partidarios. Tan acendrados que, ya lo he dicho, todavía, cuando hoy leemos ciertas cosas nos castañetean los dientes.

DON INDALECIO





## GALLARDIAS DE OTROS TIEMPOS

# UNA HOMBRADA DEL MORENO DE ALCALÁ

Moreno de Alcalá fué un torero valiente, que tenía a los públicos en vilo y sufría cogidas aparatosas como esta de San Sebastián que reproducimos...



**C**UANDO Antonio Moreno, Moreno de Alcalá —del Alcalá de Guadaira o de los Panaderos—, estaba en el apogeo novilleril de su efímera gloria, en los años de sus triunfos sevillanos, en competencia obstinada con Curro Martín Vázquez, su paisano, yo era un jovencillo de pantalón corto, embaldado en la afición a los toros, en la que persisto, mas, lógicamente, sin que pudiera tener demasiada precisión ni acierto en los juicios que emitiera. ¿Cómo era el Moreno de Alcalá, al que no llegué a ver hasta que era un matador de alternativa de cartel mediocre? Realmente, no lo sé. Para mí, el Moreno de Alcalá que se conserva en mi memoria no es otro que el que creo auténticamente representado en una caricatura de Fernando G. Fresno —a quien justamente se le ha rendido ahora homenaje—, publicada en aquel excelente semanario *Los Toros*, nacido del afán creador de don Torcuato Luca de Tena. Así era el dibujo: Antonio Moreno había sido lanzado fuera de la Plaza —una placita que quedaba del tamaño de una escupidera—, a la que acompañaban unas casitas y unos árboles, y, sobre ellos, un globo aerostático. El Moreno, caídas las medias rasgada la taleguilla, suelta la faja, al aire la pañoleta, y fuera del pie una zapatilla, conservaba en la zurda la muleta, no se sabe si para dar un pase a los cuernos de la luna, que era el cornúpeto que tenía ya más próximo. Como pie de la caricatura, acertadísima, un versificador, Farolillo, redondeaba de esta manera la semblanza del alcalaño:

*¿Habrá sido gimnasta de circo,  
de esos que hacen trapecios volantes?  
¿Habrá sido cóndor o aeronauta?  
No lo sé, ni sé si alguien lo sabe.  
Pero todos estamos conformes  
en que, entre otras especialidades,  
el espada Moreno tiene una:  
la de estar casi siempre en el aire.*

Repito: a Moreno de Alcalá, yo le vi volar «auténticamente» en el ruedo zaragozano durante la temporada de 1908, y no puedo dar detalles del hecho. Sin embargo, el vuelo que se me grabó en la memoria es ese otro vuelo «idealizado» por Fresno.

En 1907, Moreno de Alcalá estaba en pleno nervor y a dos dedos de la alternativa. En Sevilla, cuyos aficionados ponen tanta pasión y entusiasmo en favor de sus toreros, y, mejor aun, en favor del torero de su barrio, Antonio Moreno contaba los idólatras por millares. Y, en homenaje a ellos, el de Guadaira les brindó la hazaña: la de estoquear, como único espada, seis novillos miureños, de aquellos miureños de antaño, a los que siempre se les hacía acompañar, en carteles y gacetillas, del calificativo de «terribles», lo mismo que a las señoritas feas y solteronas se las adornaba, en las provincianas notas de sociedad de los diarios, con el equívoco título de «virtuosas».

El acontecimiento se anunció y se efectuó el día 4 de agosto de hace ahora treinta y nueve años, cuando las calles sevillanas eran sartenes y los entusiasmos no podían ser de otra manera que acalurosos. En los programas y carteles, el nombre de Miura se había impreso de tamaño tal, que podía verlo un ciego desde tres kilómetros de distancia. Y aunque la función no era regia, ni patriótica, ni de Beneficencia, como recuerdo de la hombrada, que pasaba a constituir efemérides para regodeo de curiosos aficionados, se habían tirado —y aquí se reproduce uno— programas en raso. A tal señor, tal honor, y tales aprovisionamientos de árnica y de antiespasmódicos... «por si las moscas».

¿Existían precedentes de la lucha, buscada de

propósito, de un espada contra seis miuras? Algún revistero apuntó, de una manera inconcreta, que desde hacía muchas temporadas, realizado por Mazantini, no se había dado caso igual. No he tenido tiempo de confrontar el dato. Así como del precedente excluyo los seis miuras estoqueados por el Algabeño en Barcelona la tarde de la muerte del primer Dominguin, puesto que la hazaña no fué buscada de propósito, como antes digo. Por si el hecho era único y no volvía a repetirse, la Plaza de la Maestranza se llenó con caramullo de un público bien dispuesto, que recibió al espada, en el pasétillo, con atronadores aplausos.

La hombrada se desarrolló con toda la brillantez posible, dentro de la valentía seca y torpe del Moreno de Alcalá, y de su estilo al margen del adorno. No obstante, veroniqué valeroso, recortó capote al brazo, acudió con presteza a los quites y aguantó impávido las tarascadas que le tiraron diferentes miureños, que no constituyeron entre los seis una corrida suave y «ad usum delphini», como pudiéramos decir sin demasiado desvirtuamiento de la frase. Para que todos los espectadores salieran satisfechos, el cuarto novillo pretendió amargar el gesto del Moreno, y le dió un pitonazo al meterle, sin conseguir otro paréntesis en la actuación del espada que la de retirarse éste a la enfermería, después de estoquearlo, y su estancia en el «hule» durante el primer tercio del novillo siguiente. ¡Menuda ovación le hicieron al verle reaparecer en el anillo, y menudo suspiro lanzaría el sobresaliente, Joaquín Delgado, Vela, que había hecho los quites!

Para despachar los seis novillos, precisó el espada alcalaño de tres pinchazos, tres medias estocadas y tres estoconazos, con el refrendo en dos de otros tantos descabellos y dos intentos. En cuatro de los novillos, sólo hizo una entrada. Así, pues, la jornada fué feliz y valerosa, y muy merecido el premio de la salida en hombros.

Una salida en hombros que causaría sorpresa, seguramente, en Sevilla, y fuera de Sevilla, entre los aficionados de España entera. ¿Quién pensaría que, al enfrentarse el Moreno de Alcalá con seis novillos-toros de la «fatídica» y «terrible» vacada de don Eduardo Miura, los que le sacarían en hombros no iban a ser los camilleros y sí sus entusiastas admiradores?

Y si alguien dijo que no se puede convidar a gracia de niño, bien pudo añadir que tampoco a cogida de «golpe cantado» de toreros valerosos y torpes.

DON INDALECIO

# BLENOCOL

## Protege al hombre

BLENOCOL es un producto registrado; rechace todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL

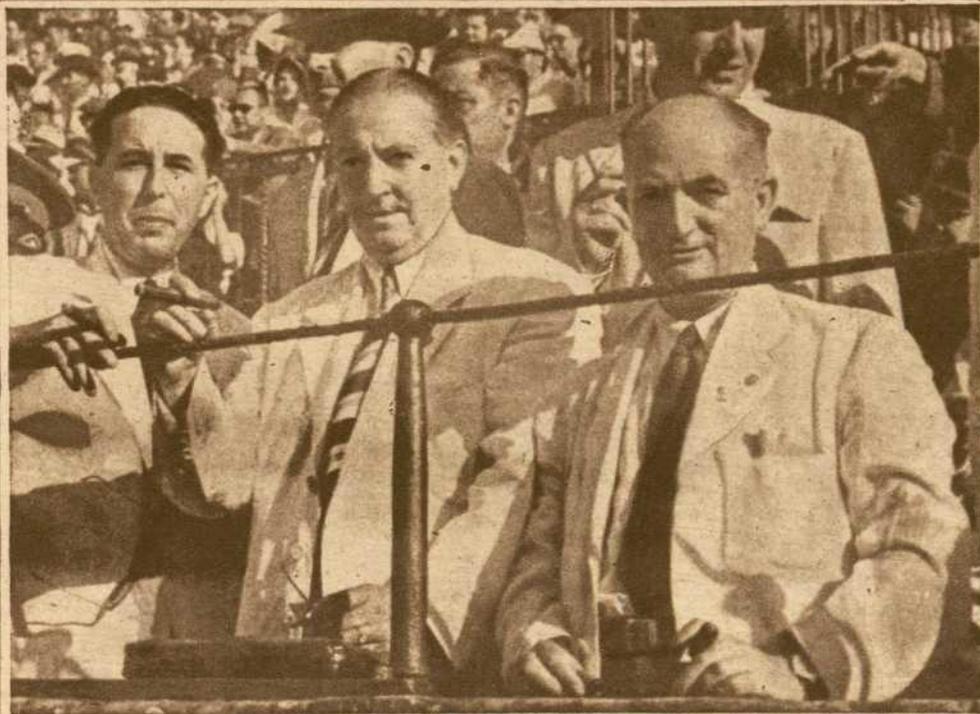


# DON ANTONIO LEAL, médico de la Maestranza, cree que el torero es una afición total y un espectáculo único

ESTA ante nosotros don Antonio Leal Castaños, médico de la Plaza de Toros sevillana. Su historia, como aficionado taurino, está cruzada por esas ráfagas que dejan el dolor que se ha visto de cerca, que se ha sentido, minuto a minuto, como este médico sevillano, para quien la fiesta no es sólo una afición, sino un sacerdocio profundo, al que entrega sus más calladas horas.

Nos habla don Antonio Leal de su actitud como aficionado. No quiere rozar su profesión como cirujano:

—Créame. Es lo que tiene el torero de injustificable. Mientras todo va bien, nos alegramos ante una gran faena, ante una gran gallardía; pero cuando la cornada grave corta el paso a un muchacho, el doloroso espectáculo, la cruda realidad de la enfermería, se aleja verdaderamente de la fiesta, y hay veces en que no se explican muchas cosas. El gran entendimiento, la enorme virtud profesional de mi querido y admirado Fernando González Nadin, a quien me complazco en rendir tributo de sapiencia y maestría, dirige estos dolorosos trances con tan certera precisión y tanto orden, que lo que es áspero y crudo y bárbaro él lo hace tolerable y grato. Vayan a él



Don Antonio Leal en la Maestranza (Fotos Arenas)

mis aplausos de compañero que le admira y le quiere.

Don Antonio Leal Castaños asiste, hace treinta años, al año taurino de Sevilla. Y también, como médico, una buena suma de temporadas. Esto le ha hecho aprender mucho de la fiesta. Leal Castaños nos dice:

—En efecto, el torero ha decaído. No es lo malo las diferencias de peso, volumen, etc., sino las de seriedad, constancia, pundonor... Todo esto interesa más. El toro, por el contrario, ha mejorado en sus calidades tempe-

ramentales, y ahora rara vez puede verse en la Plaza un toro que no responda al concepto que ahora tienen de la lidia todos, empezando por el público. Dudo, eso sí, que los de hoy torearán tan cerca a los toros de ayer, y que aquellos toreros hiciesen las maravillas de estilo y precisión que hoy se hacen. Para mí, el torero que puede con todo,



Don Antonio Leal

que habrá podido con todo, tres siglos antes, que será indomable y glorioso en la fiesta que haya en el año 2456, fué Joselito el Gallo.

Don Antonio Leal admira fundamentalmente a los toreros de clase, de calidad, a los creadores geniales de grandes estilos artísticos.

—Gracias a ellos puede decirse que el torero es un arte.

El doctor Leal Castaños conoce minuciosamente el torero por dentro. Es un virtuoso de la anécdota y del detalle. Es amigo particular de casi todos los toreros actuales. Con una amistad pura y noble. Quizá la única amistad verdadera que puedan sentir los toreros: esta del médico, que es amigo de su dolor en potencia, de su dolor, que aguarda, tal vez, detrás de una sonrisa, pasado un júbilo, cuando ya se ha perdido una gloria liviana de aplausos y blanda de sonrisas fáciles...

Don Antonio cree que los petos son necesarios; pero tal vez convendría introducir en ellos algunas limitaciones, algo que permitiese el mejoramiento de la suerte de varas. Entiende el ilustre médico sevillano que las medidas excesivas del peto hace que el caballo no pueda pasar de lo que es: un lamentable espectáculo óseo por la arena. Ni puede moverse ni tiene ganas.

—Harto hace —nos dice— con soportar tanto trazo y tanto algodón.

Preguntamos a Leal Castaños por las distintas suertes del torero. No quiere concretar en una sola de ellas sus gustos personales.

—Me gustan todas. El torero de capa de Pepe Luis, por ejemplo, no ha tenido precedentes. En cierto modo, el de Manolo Chicuelo. Pero no del todo. También el de Andaluz. La muleta de Manolete, las banderillas de Arruza... Todo tiene un atractivo y una fuerza. La fiesta la quiero yo en su totalidad. Aunque —como antes decía— el dolor, a veces, nos haga rebelarnos contra nosotros mismos, porque es brutal y sangriento...

PACO MONTERO

Muy antiguo  
y muy moderno...  
Un coñac de  
ayer para el  
gusto de hoy.



**VALDESPINO**  
JEREZ

**Cartel del 17 en Barcelona**  
**ito, Diamantino Vizeu**  
**Juanito Bienvenida**



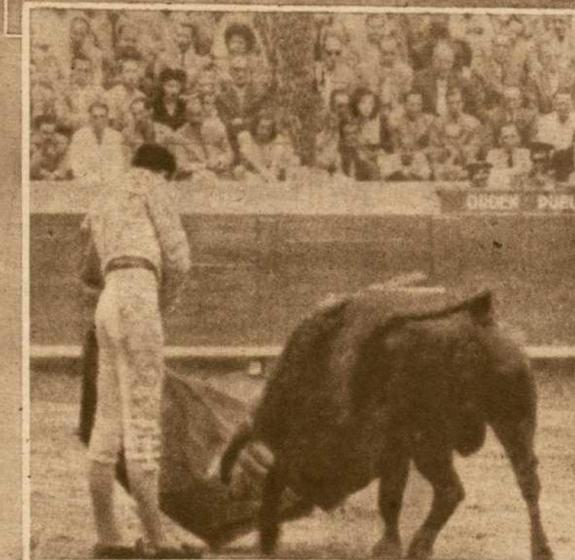
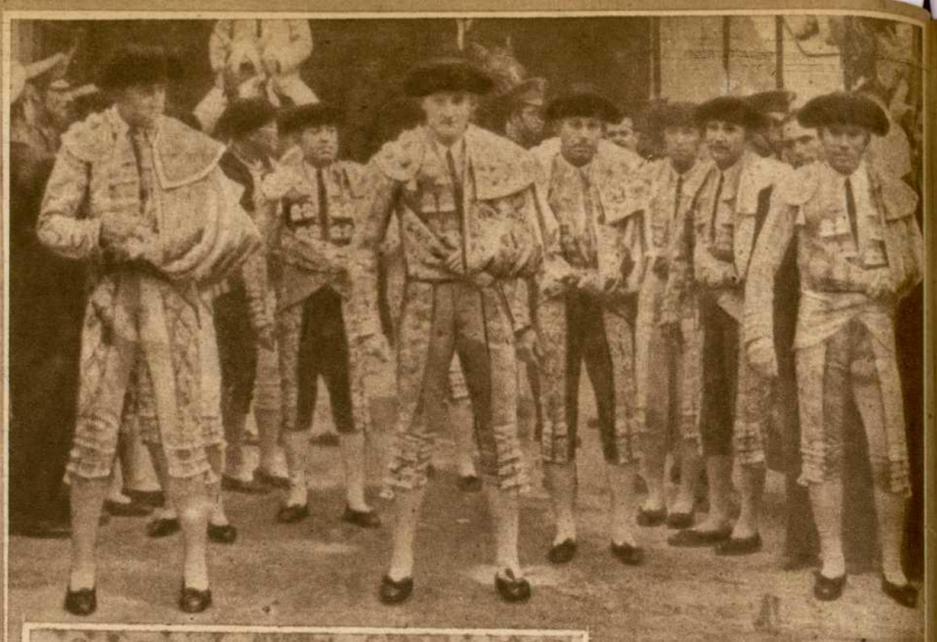
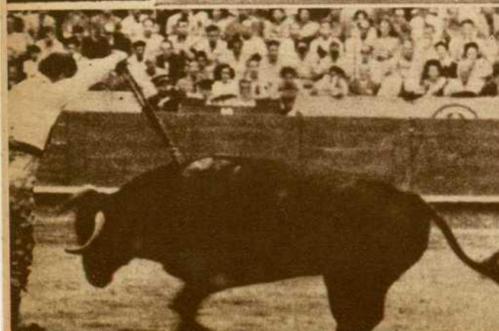
Las cuadrillas preparadas para hacer el pasello



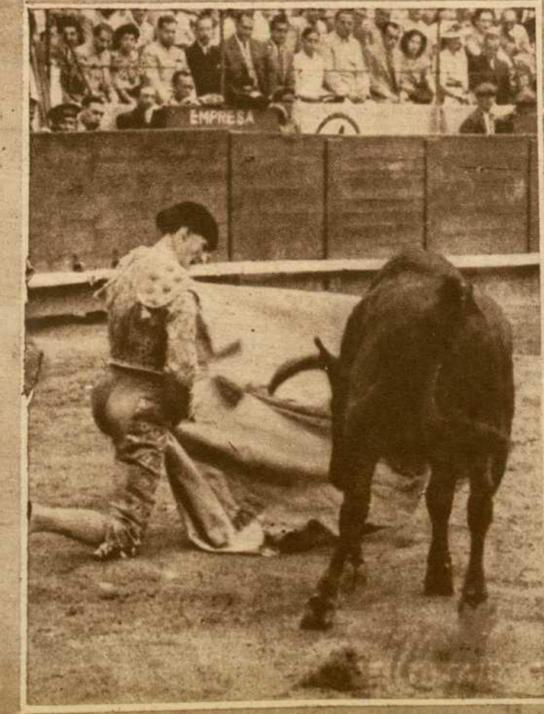
ito inicia el  
base de pecho

Un ayudado  
por alto de Vi-  
zeu

Juanito Bien-  
venida bande-  
rillea de poder  
a poder  
(Fotos Valls)



Parrita torca al natural  
 Rovira veroniquea rodilla-en tierra

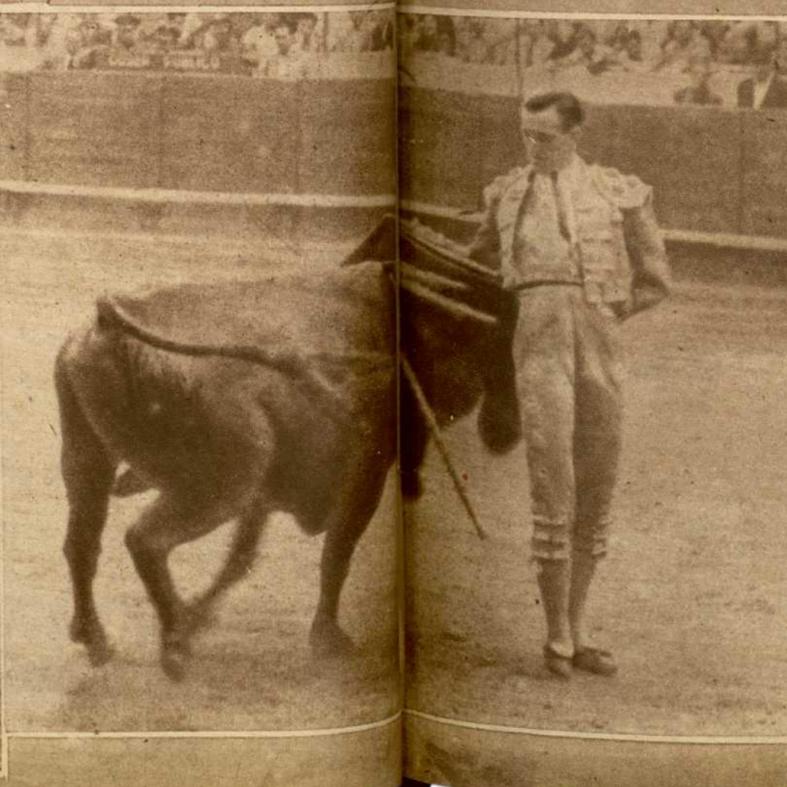


De izquierda a derecha: Parrita, Ro-  
vira y Andalus dispuestos para hacer  
el paseo

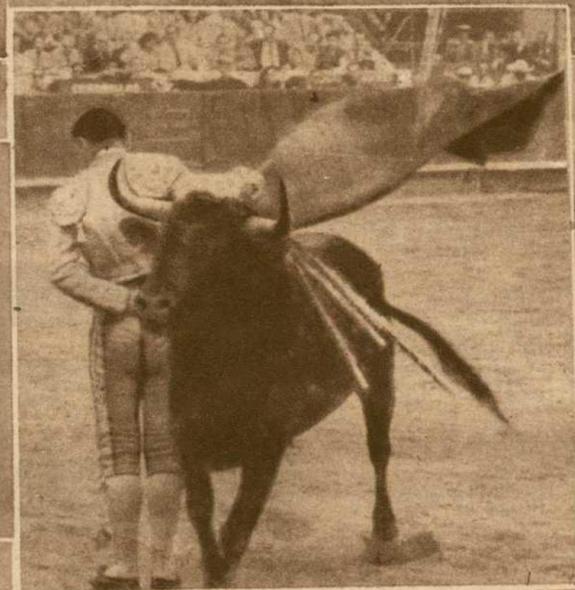
**EL DOMINGO EN BARCELONA**

**Toros de don JOSE ESCOBAR**  
**para ANDALUZ, PARRITA**  
**y ROVIRA**

Una manoletina  
 Rovira (Fotos Valls)



Otro natural de Parrita



Andalus torca per manoletinas  
 Un muletano con la derecha del Andalus



**Cartel del 18 en Barcelona**  
**Martín Bilbao, Robredo**  
**y Juanito Bienvenida**



Martín Bilbao torca en redondo con la mano derecha

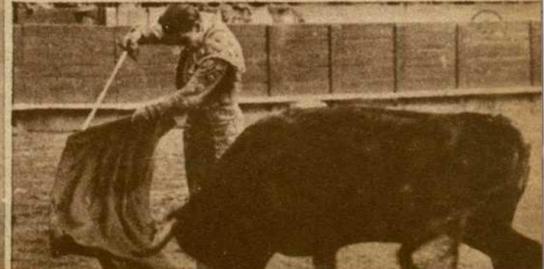


Robredo lancea con el capote a la espalda



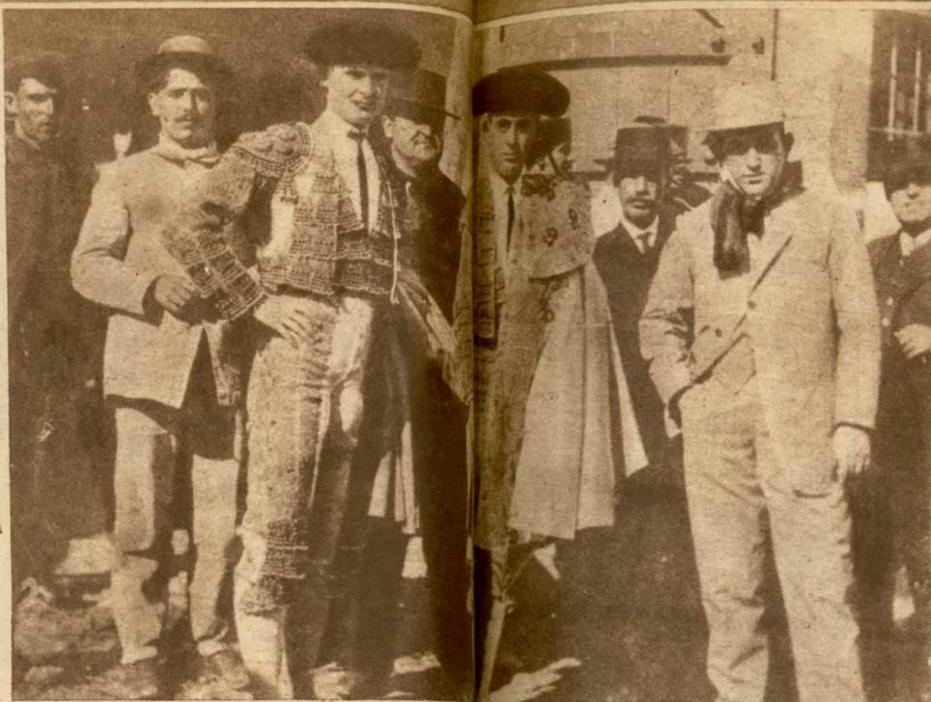
Juanito Bienvenida es cornecado, y Robredo interviene p  
 salvarlo del riesgo

Un magnífico muletano del menor de los Bienvenida  
 (Fotos Valls)





Machaquito, antes de salir para la Plaza, se retrata con los peones de su cuadrilla en el patio de su casa de Córdoba



Bombita y Machaquito, la posada una época del torero



En su última época, Machaquito llegó a ser un excelente rehiletero



III

Si nos fuera dable encarnar personajes mitológicos en seres de carne y hueso de nuestra época positiva, no hay duda de que tal encarnación resultaría interesante, y no sólo desde el punto de vista literario, sino del psicológico.

Y en esta interpretación de mitos, Machaquito podría haber encarnado a cualquier héroe de fabulosa leyenda que simbolice la firmeza de la voluntad, habida cuenta de cómo fué venciendo, merced a la misma, cuantos obstáculos le salieron al paso.

Dicen que el cultivo del hombre interior debe ser la primera preocupación del que se siente llamado a una misión o a tener influencia en la actividad a que se entrega; y agregan que, así como cuanto más altos sean los mástiles y más amplias las velas del navío donde nos embarcamos, el casco debe calar más hondo, así también debe ser más profunda la vida interior cuanto más intensas y visibles sean las acciones exteriores.

Machaquito se vió con la alternativa y se encontró solo, sin hallar en torno suyo un partido que le defendiera, como lo tenía su compañero Lagartijo-chico, el cual contaba con la ayuda, la protección y el afecto de cuantos habían sido admiradores de su glorioso tío; Ma-

El clásico pase de pecho de Machaquito

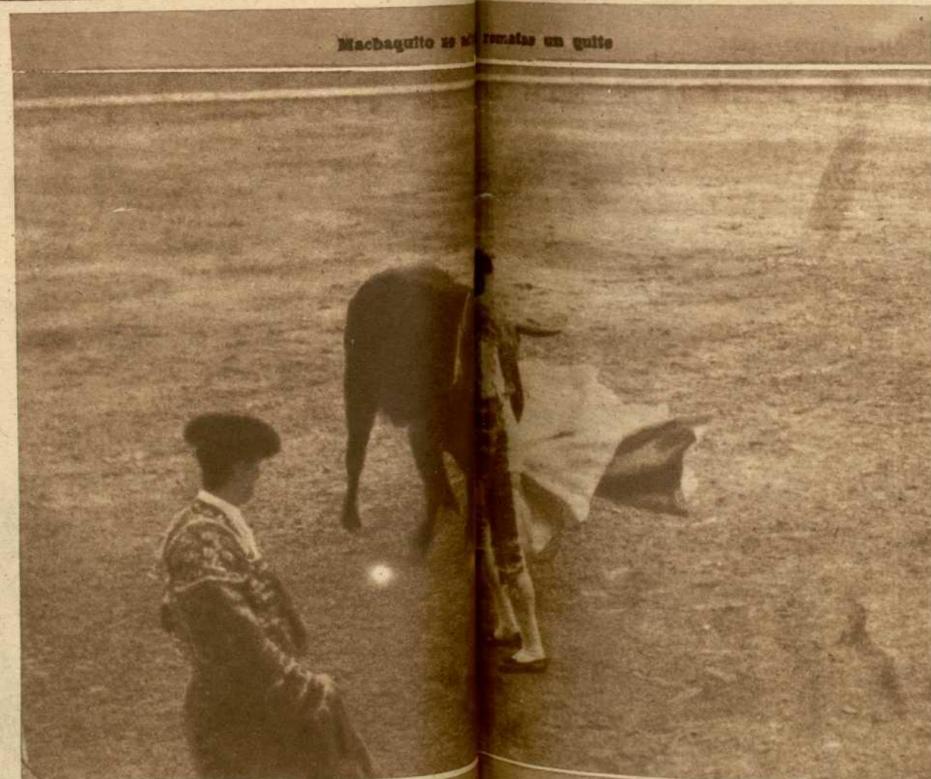
chaquito tenía que luchar en un tono arrebatado y violento para no quedar arrinconado; hasta entonces, no había pasado de ser el compañero de quien, en concepto de todos los aficionados, era un retoño de aquel frondoso árbol conocido por Lagartijo el Grande; una vez doctorados ambos, nadie dudaba de que el hijo de Juan Molina —pura solera cordobesa— se situaría pronto en la primera fila y de que Machaquito, el desheredado, el torero sin abuelo, sería uno más de los que ven caer sobre su frente la ceniza del olvido; nadie contaba con la enorme fuerza interior de Rafael González, una fuerza que habría de prestarle energías físicas para tender el arco y hacer que fueran cayendo los que pudieran usurparle un sitio a que él se creía con derecho, y como para esto era preciso exponer mucho, jugarse la vida y colgarse de los pitones siempre que hiciera falta, a tan ardua empresa lanzóse el mozo cordobés que no contaba con la sombra de un glorioso ascendiente que le procurase amparo y valimiento.

Al llegar a las filas de los matadores de toros, hacía un año que Guerrita se había retirado, Mazzantini estaba en decadencia, y, a falta de una figura señera que disfrutara de absoluta hegemonía, todos señalaban al elegante y clásico torero sevillano Antonio Fuentes como al «rey tuerto» de la situación. Nutrían con él una primera fila convencional el Algabeno, Quinto y, en cierto modo y por breve tiempo, Conejito el cordobés. Emilio Bombita había tascado el freno; su hermano Ricardo y Antonio Montes, doctorados el año anterior, eran designados como candidatos a ocupar honrosos puestos; de Antonio Reverte no había por qué hablar, pues su cogida de Bayona, en 1899, le había alejado de las Plazas, y cuando reapareciera en ellas habría de ser para torear muy poco y con miras a una retribución deparada por la fama obtenida.

El valor dió un matiz francamente decisivo a Rafael González; él no era torero, en el sentido netamente artístico que se da a tal denominación; vulgar con el capote y la muleta y banderillero sin relieve alguno, si una decisión y una nerviosa actividad disimulaban algo sus defectos, en cambio con la espada comenzó a hacer llamadas a la atención, en busca de un instante cordial que se tradujese, cuando llegara, en efu-

# MACHAQUITO EL ULTIMO MATADOR DEL SIGLO XIX

Por DON VENTURA



Machaquito se retrata en un quite

donde vislumbrar sus defectos, masas que, como la estocada tenía entonces un prestigio muy grande, aplaudían sin reservas y admiraban a aquel mozo que todas las tardes, abincadamente, tenazmente, con una fiebre que le tenía de rojo, se entregaba sin reservas y calaba a los toros por las agujas hasta mojarse los dedos.

«Es un trompo, un suicida; al que no le entra el toro en la cabeza y un día cualquiera tendrá un disgusto serio», decían los de la cátedra.

Bueno, sí, un trompo; pero en el año 1901, en su primera campaña como matador de toros, toreó cincuenta corridas sin percance alguno.

¿Qué dijeron a esto los de las elucubraciones negativas? Que unos espíritus benéficos velaban por él.

Y como tales hados propicios siguieron en vela, en el año 1902 se apuntó el hombre cincuenta y tres corridas, entre las cuales hubo una página honrosísima: el día 29 de agosto actuaba como único matador en Hinojosa del Duque (Córdoba); se hundió un tendido y cayeron al ruedo numerosos espectadores cuando el primer toro estaba recién salido del chiquero; en tan crítica situación, cogió Machaquito muleta y estoque, y antes de que el astado pudiera llegar al montón de carne humana que en la Plaza se formó, le dió muerte, con insuperable valentía, mediante una estocada soberbia.

Instruido expediente para concederle la Cruz de Beneficencia, le fué otorgado tan preciado galardón y el nombre de Machaquito tuvo alabanzas de fulgor que rebasaron el mundillo taurino.

Es decir, que a medida que el barco iba desplegando todo su velamen, la quilla calaba más hondo, por lo que en el año 1903, al asentarse ya en la primera fila, contrató más de las sesenta corridas, cifra que daba entonces patente de fi-

Machaco deja refrescarse al toro y corta la faena para corresponder a los aplausos del público

sión, alabanza y crédito. Y entonces fué cuando empezó a crecer de verdad ante los pitones de las reses aquellos dos palmos que se propusiera cuando Guerrita dudó de él por su corta estatura.

No hay que decir que su metafórico crecimiento iba seguido de frecuentes cogidas, que nadaba por los morrillos de las reses y que tales arrestos no dejaban a las masas resquicio por



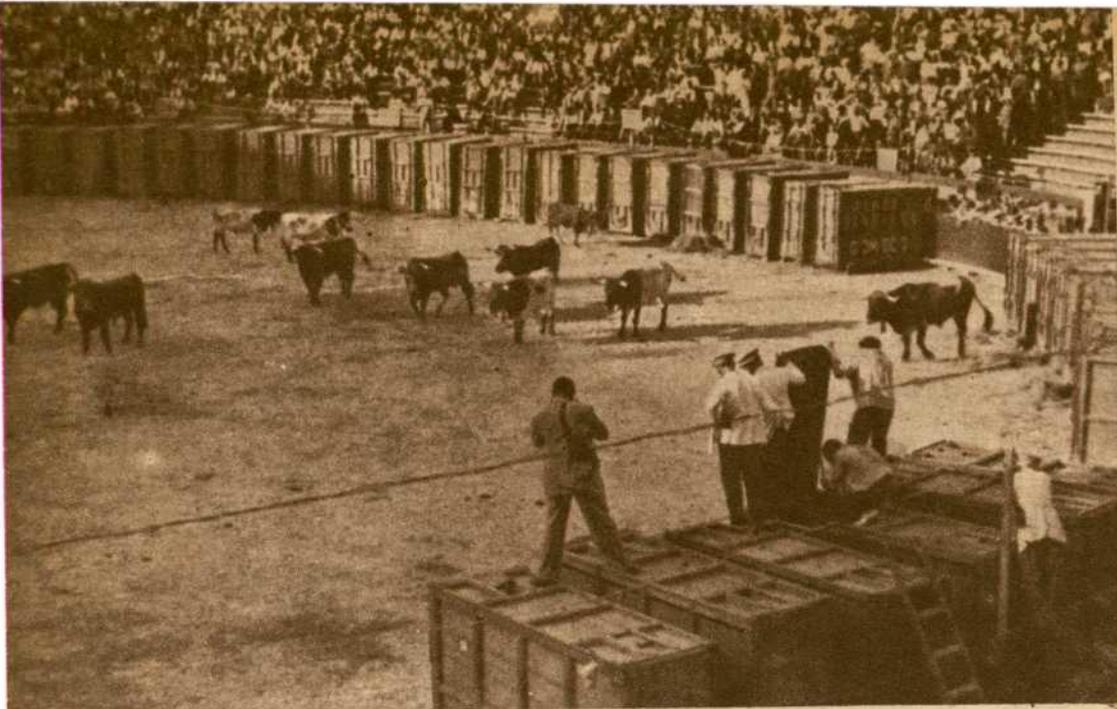
gura primaria o principal a quien la alcanzaba. Y si no toreó más que cincuenta y cuatro fué porque perdió varias a causa de dos percances sufridos el 11 de junio y el 24 de septiembre, en Málaga y Hollín, respectivamente.

Entretanto, Rafaelito Molina, su compañero en las andanzas novilleriles, contra todos los augurios, y a pesar de haber sido cultivado como si de una flor de aristocratismo taurino se tratara, no conseguía romper el muro que separa la segunda fila de la primera, y no porque careciera de aptitudes para brillar en esfera superior, sino porque su apatía y su indolencia musulmana, primeramente, y más tarde su enfermedad, le impidieron dar el paso decisivo.

Cumplíase el vaticinio de aquel amigo que hubo de consolarle cuando se sortó la antigüedad el día de la alternativa: «El que más se arrime al toro, será el primero».

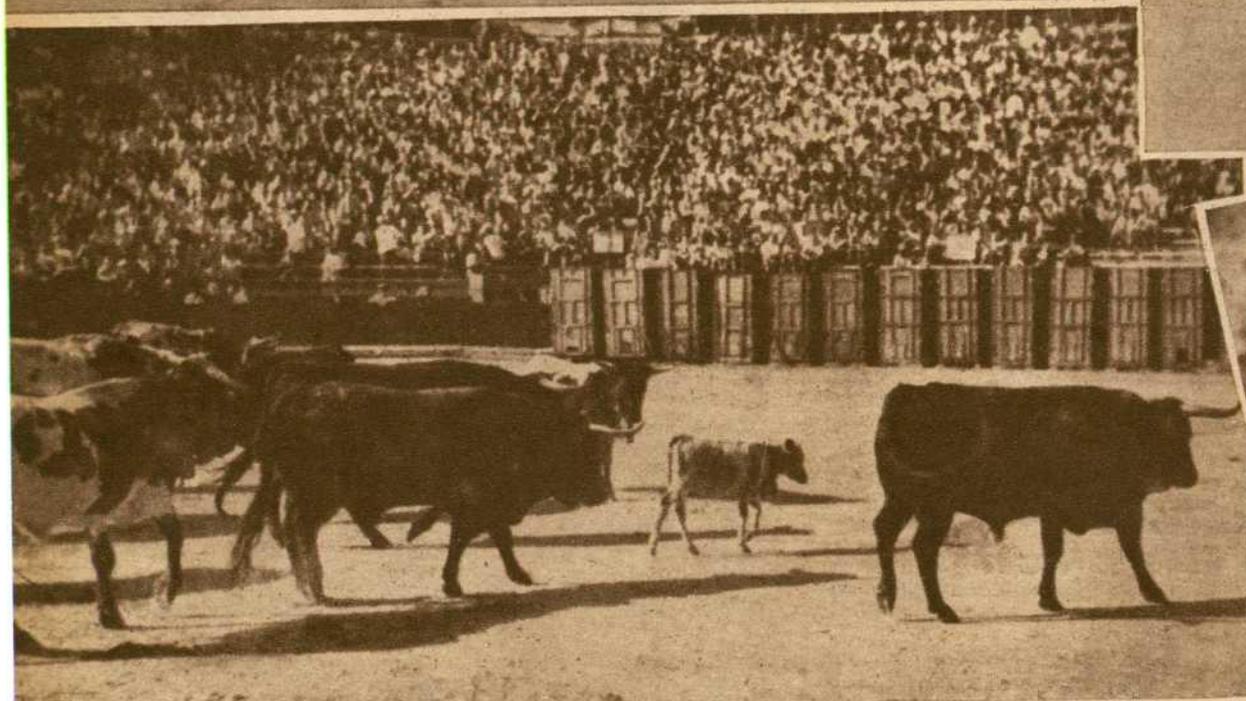
En aquella lisonjera situación dentro del palenque de su lucha, la figura de Machaquito tenía ya irradiación y atractivo personal, el hombre residía en sí mismo y en él se unificaban los atributos y potencias del alma para difundir auras de optimismo entre sus seguidores y adeptos, quienes creían ver en el bravo cordobés a un Hércules juvenil capaz de ahogar con sus brazos a un nuevo león de Nemea.

(Continuará.)



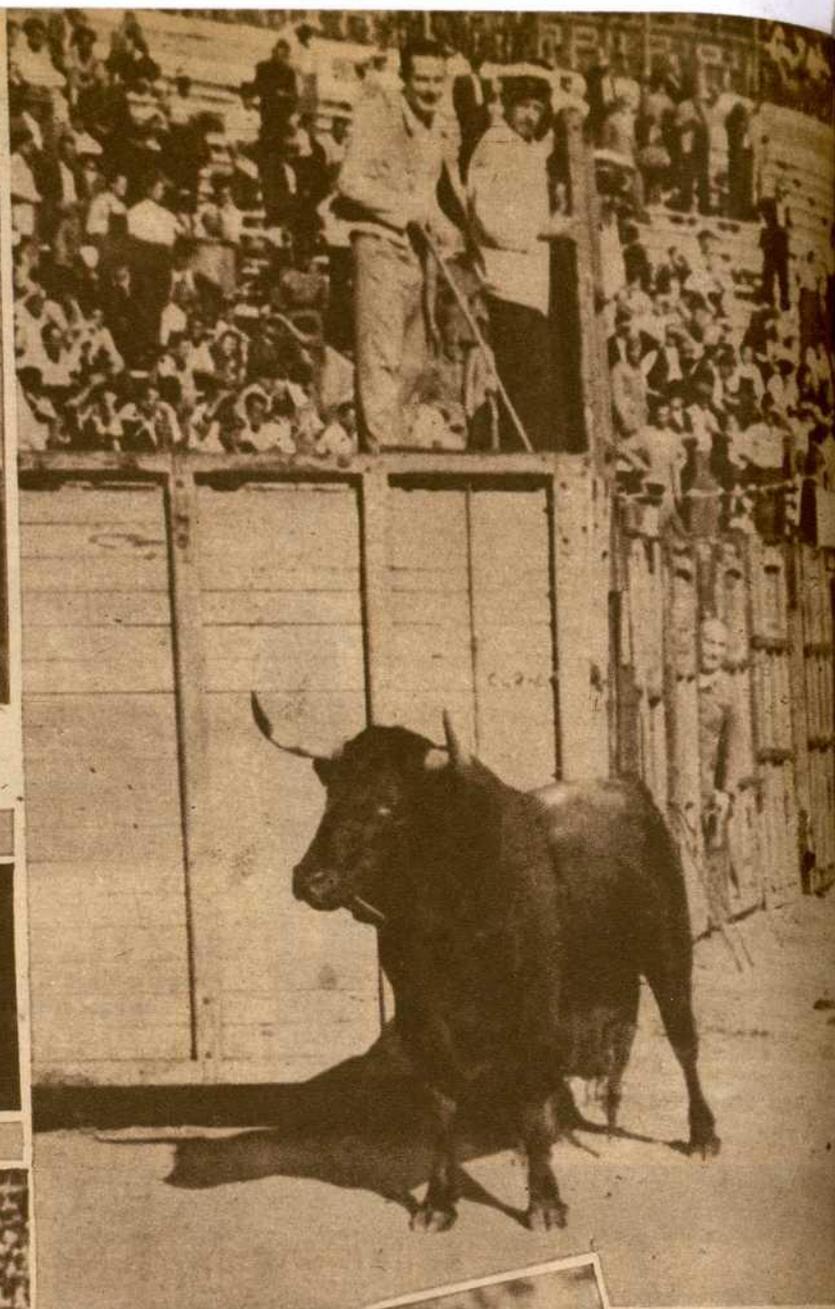
Con la Plaza llena de público, y al son alegre de las charangas, la corrida desencajonada y bien arropada por los cabestros, cruza el ruedo hacia los corrales

## VALENCIA, en el prólogo de sus tradicionales corridas de feria

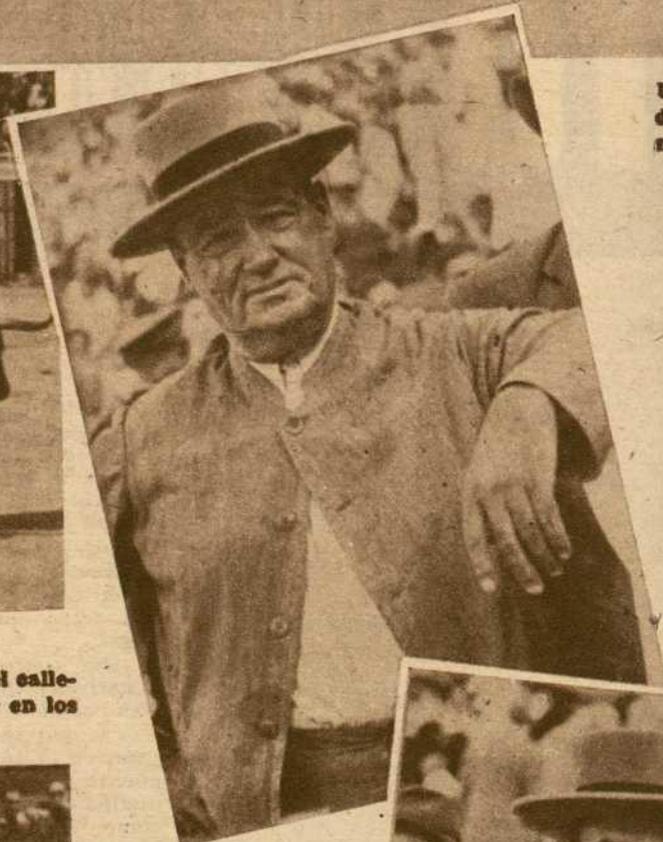


La corrida de toros de Galache fué ovacionada por su trapío. Junto a las reses del ganadero salmantino destaca la pequeñez del cabestro, que va en segundo lugar

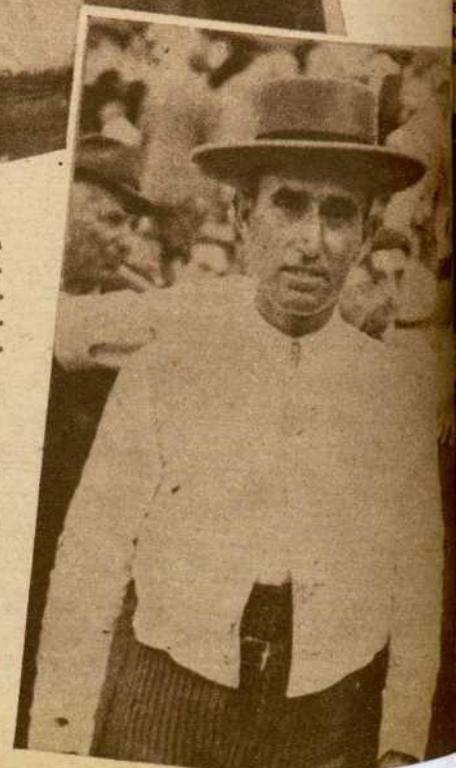
El mayoral de Miura corre al toro desde el callejón para que el bravo animal no remate en los tableros



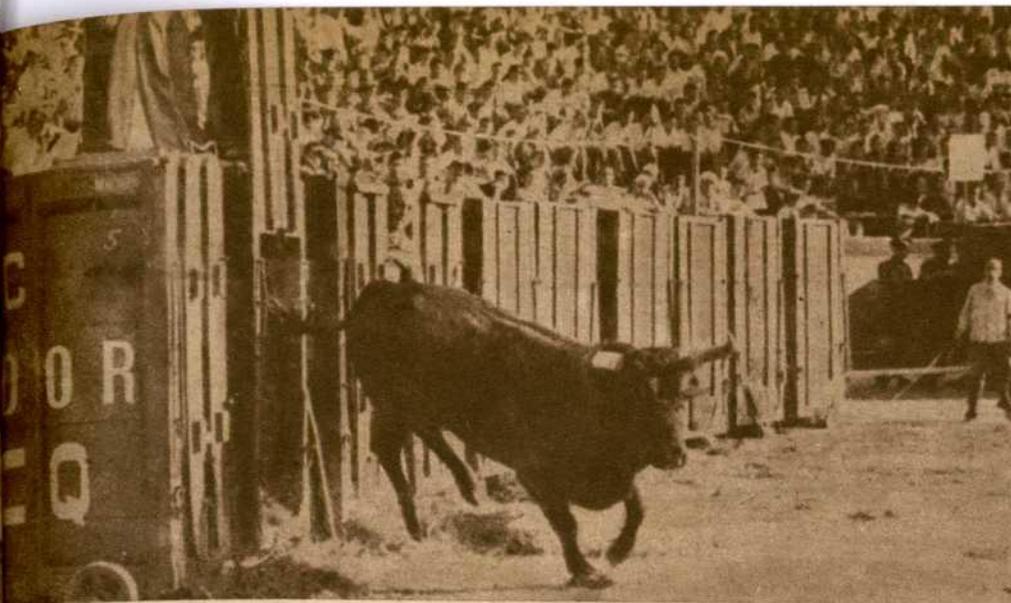
Uno de los momentos de la corrida de Clalrac



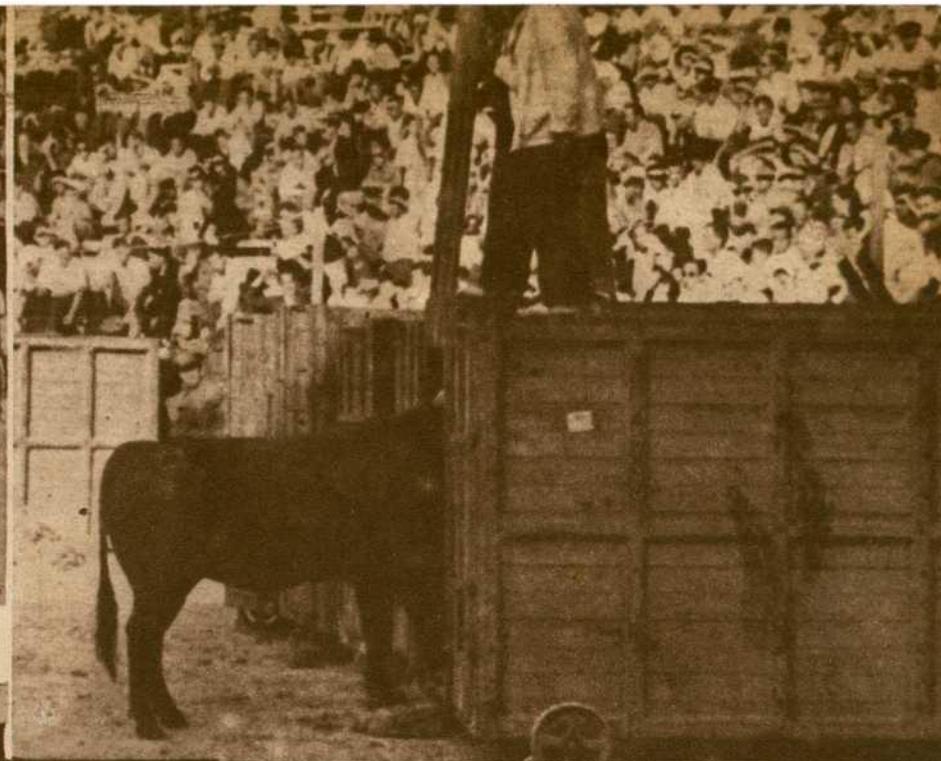
El mayoral de la ganadería de Murube que fué ovacionado por la presentación de la corrida



El mayoral de la vacada de don Eduardo Miura que hubo de salir al ruedo para corresponder a los aplausos del público



Un toro de Murube, aplaudido por su hermosa lámina, sale del cajón



Momento en que sale del cajón otro de los toros enviados por don Eduardo Miura

## NOTAS GRAFICAS del DESENCAJONAMIENTO



## ¡¡VALENCIA!!

COMO el aperitivo en la Venta de Antequera, en Sevilla, y el encierro en Pamplona, en Valencia ya es tradición este prólogo lleno de luz que constituyen los desencajonamientos en el ruedo, y a Plaza llena, de las reses que se han de lidiar en la feria.

El valenciano acude a este festejo típico, y de él va induciendo después las profecías, que tanto abundan en la fiesta de toros:

—¡Como embista bien aquel negro raiño de Murube...!

—¿Vistéis la estampa fina y agalgada del colorao de Miura...?

—A mí me llenó más la corrida de Galache, porque está toda ella más en peso y en tipo...

Y así discurre ya el diálogo en la bella ciudad levantina, que se dispone a gozar estos días de su feria maravillosa.

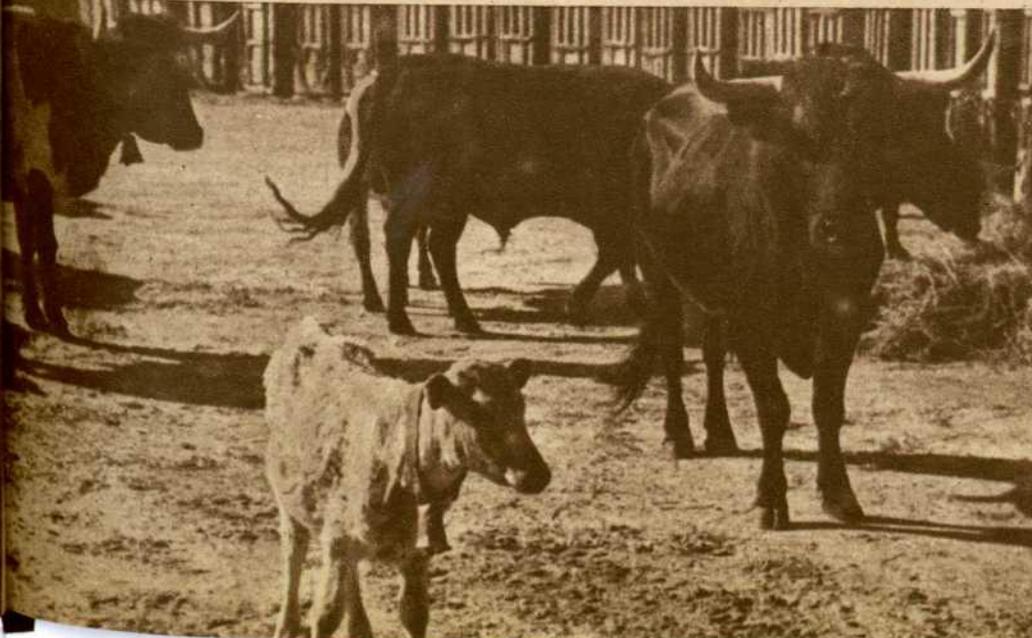
Por el ruedo valenciano desfilará lo más granado de la torería actual, y en él harán honor a sus divisas las vacadas de más prestigio.

EL RUEDO saluda a Valencia con el deseo de que este año no se malogren los anhelos de la afición levantina, digna, por su entusiasmo y por su esfuerzo, de que, en el aspecto artístico, sean estas ferias que se inician ahora el arquetipo de la fiesta de toros.

En los tendidos, llenos de público, se veían los rostros conocidos de personalidades valencianas o residentes en la ciudad. He aquí al cónsul norteamericano rodeado de sus familiares

El tipo tiene un sabor clásico que sólo puede darse en las famosas ferias de Valencia. Son los mayorales de las ganaderías que, en atuendo campero, ponen en el ruedo valenciano una nota auténtica solera taurina después del desencajonamiento de las corridas

He aquí el pequeño cabestro que ayudó a los mansos en su pequeña faena de arropar a los toros



EL pasado jueves, día 18, hubo corridas de toros en Madrid y en Puertollano, novilladas en Barcelona, Aranjuez y Monóvar y un festival taurino en Béjar.

En Madrid se lidiaron seis toros de Salvador Guardiola. Las reses hicieron buena pelea con los caballos, pero fueron a menos y llegaron reservonas y broncotas al último tercio. Juan Belmonte, que reapareció en Madrid después de larga ausencia, estuvo valiente y oyó aplausos en el primero. Pepe Luis Vázquez oyó pitos en el segundo y estuvo bien en el quinto. Morenito de Talavera cumplió.

En Puertollano se lidió una brava corrida de Ignacio Ramos. Antonio Bienvenida oyó pitos en el primero y cortó las dos orejas del cuarto. Peje Dominguín cortó las dos orejas y el rabo del segundo y fue ovacionado en el quinto. Luis Miguel Dominguín cortó las dos orejas, el rabo y una pata del tercero y las dos orejas y el rabo del sexto.

En Barcelona se lidiaron novillos de Serafina y Enriqueta de la Coba. Martín Bilbao fue aplaudido. Pedro Robredo fue ovacionado y dió la vuelta al ruedo en el segundo y cortó la oreja del quinto. Juan Bienvenida, ovación en el tercero y ovación y vuelta en el sexto.

En Aranjuez se corrieron novillos de Antonio Ortega. El rejoneador Ginés Rodríguez cayó del caballo al poner un par y sufrió la fractura de la clavícula izquierda. El sobresaliente Manuel García, mató muy bien y cortó la oreja. Cagancho (hijo) dió la vuelta al ruedo en sus dos novillos. Ramiro Guardiola fue ovacionado en su primero y cortó orejas en su segundo.

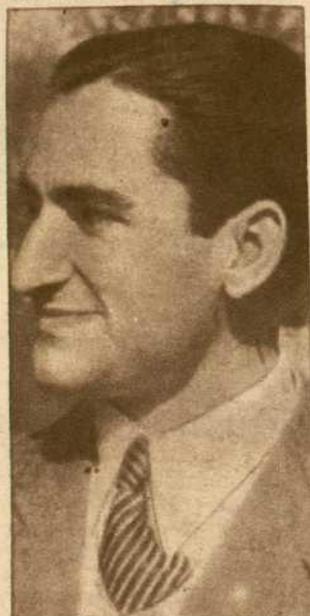
En Monóvar, Paco Esplá y José Poveda mataron cuatro reses de Pedro Hernández. Esplá cortó la oreja del primero y dió la vuelta al ruedo en el tercero. Poveda cortó la oreja del segundo y fue aplaudido en el cuarto. Fueron sacados en hombros.

Primera corrida nocturna en Lisboa. Toros de J. Nuncio. El rejoneador Luis Lopes, muy aplaudido. Vito, aplausos en sus novillos. Vizéu, aplausos en uno y vuelta al ruedo en otro.

En la noche del sábado, 20, se celebró un festi-

## Por España, América y Portugal

# Juan Belmonte reapareció en Madrid Luis Mata confirmó su alternativa Presentación de Rosalito en Méjico



Juanito Belmonte



Luis Mata



Rosalito

val taurino en la Plaza de Zaragoza. Niño de la Palma, Cagancho, Julián Marín y los novilleros Niño de la Palma (hijo), Faraón Chico e Isiegas, fueron muy aplaudidos.

En La Línea de la Concepción se lidiaron seis toros de Guardiola y uno de Garrido. Pepe Luis Vázquez fue ovacionado en el primero y cortó las dos orejas y el rabo del cuarto. Antonio Bienvenida, ovación en el segundo y ovación y oreja en el quinto. Luis Briones cortó las dos orejas y el rabo del tercero y cumplió en el sexto. Alvaro Domecq fue aplaudido.

El domingo, día 21, confirmó la alternativa en Madrid el aragonés Luis Mata. Este, Cañitas y Julián Marín, lidiaron cinco toros de Miura y uno de Angel Pérez. Los de Miura, bravos y nobles; el de Angel Pérez, mansurrón. Cañitas estuvo valiente y con muchos deseos de hacerse aplaudir,

dió dos vueltas al ruedo en su primero, cumplió en el cuarto y salió en hombros. Julián Marín, apático, no dió su rendimiento normal. Luis Mata triunfó con el capote, la muleta y el estoque y dejó bien plantado su pabellón de torero valiente que sabe torear. Dió tres vueltas al ruedo en su primero, cortó la oreja del sexto, fue sacado en hombros y conquistó un envidiable cartel en Madrid.

Andaluz tuvo una buena tarde en Barcelona. Alternó con Parrita y Rovira en la lidia de seis toros de Escobar. Andaluz fue ovacionado en el primero y cortó la oreja del cuarto. Parrita cumplió en el segundo y fue ovacionado en el quinto. Rovira, aplaudido en los dos.

En Ciudad Real hubo festival benéfico. Juan Belmonte y el duque de Pinhermoso rejonearon dos novillos a los que cortaron orejas. Juanito Belmonte, Angel Luis Bienvenida, Pepe y Luis Miguel Dominguín y Rafael Llorente, cortaron oreja.

En Sevilla mataron novillos de Esteban González, Pepe-Hillo, que fue ovacionado en sus dos novillos, Gallito de Dos Hermanas, que oyó palmas y pitos, y Vicente Fauró, que fue ovacionado en los dos.

Adolfo Marcella fue cogido por el primer novillo en Elda. No pudo continuar la lidia y la corrida la despachó regularmente El Niño del Matadero.

Se lidiaron novillos de Pablo Romero en Málaga. Paco Bueno y José Luis Chapado fueron ovacionados.

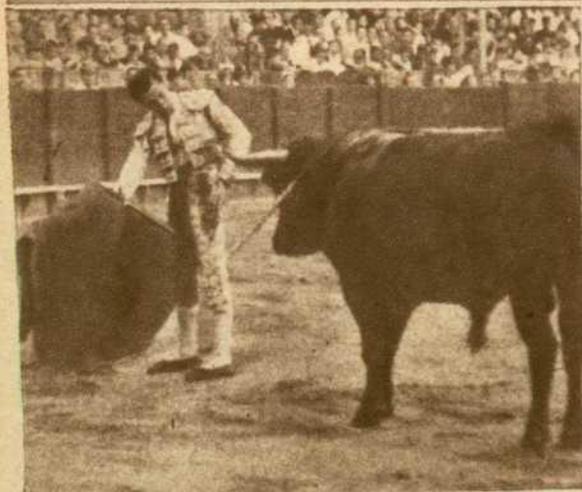
Luciano Iglesias y Luis Grazia mataron, en Puebla de Montalbán, novillos de Gutiérrez. Fueron muy aplaudidos.

En Pomar (Portugal), el mejicano Gregorio García fue aplaudido. Emilio Escudero gustó mucho y fue sacado en hombros.

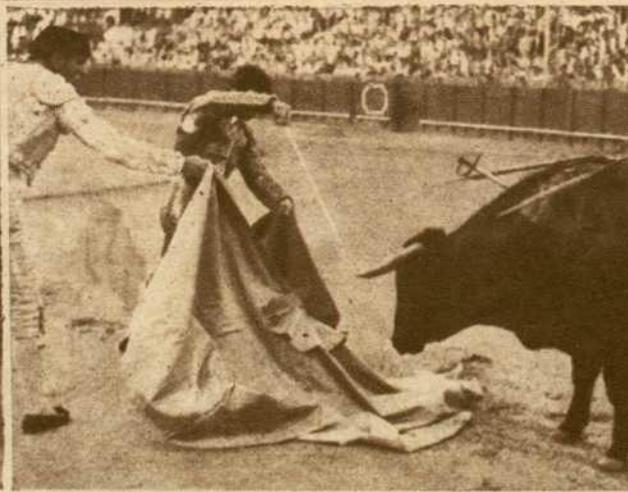
Se presentó en Méjico el sevillano Rosalito, que no agradó. Briones estuvo bien en su primero, y en su segundo cortó la oreja y dió tres vueltas al ruedo. Mediña, regular en uno y muy bien en otro.

## La novillada del domingo EN SEVILLA

## RESES DE ESTEBAN GONZALEZ PARA PEPE-HILLO, GALLITO DE DOS HERMANAS Y VICENTE FAURO



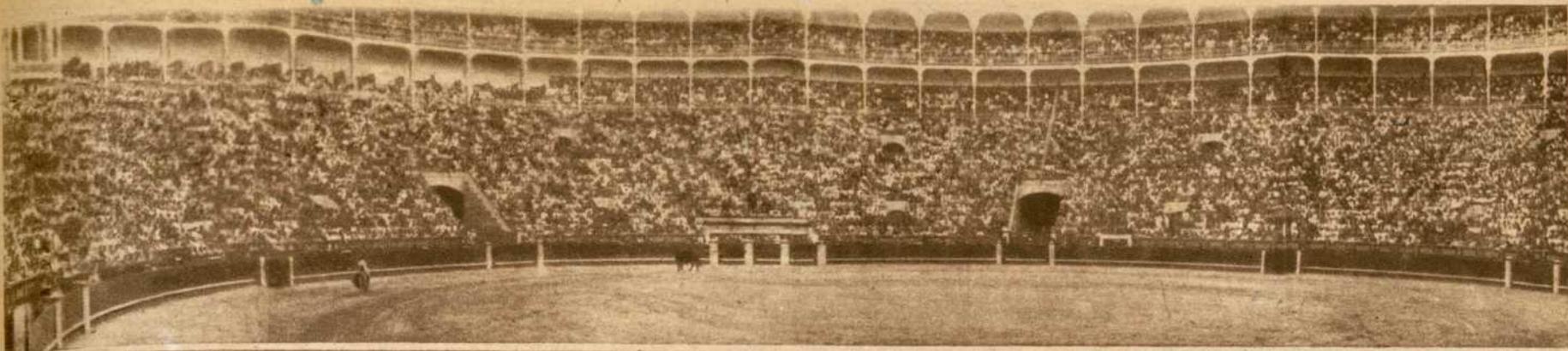
Pepe-Hillo le porfia al toro para muletearlo al natural



La espada no ha hecho efecto rápido y Gallito de Dos Hermanas recurre al descabello



Vicente Fauró torea por naturales a su primer novillo. (Fots. Arenas.)



Las corridas benéficas que se celebran en Madrid tienen para el aficionado el gran prestigio de que en ellas se procura sumar los elementos más brillantes de la Fiesta. Por eso, acude y llena las localidades, como lo hizo en esta de la Prensa, aunque luego los resultados económicos no sean tan fabulosos como algunos creen...

## EN TORNO A UN PROBLEMA TAURINO DE ACTUALIDAD

# Tradición, vicisitudes y riesgo actual de las corridas llamadas BENEFICAS



**MUCHA** gente cree —no me explico por qué— que en las corridas benéficas todo es favor para

la entidad que organiza el festejo. Es frecuente que uno se vea obligado a aclarar las cosas y replicar a las infundadas suposiciones.

—¡Ah! Pero ¿es que a ustedes les cobran los toreros?

—Sí, señor. Generalmente más que a la empresa.

—Bueno, pero el ganado...

—Verá usted. Los ganaderos tienen el criterio de que a las corridas de carácter benéfico, como son de más categoría, de más responsabilidad, han de enviar toros seleccionados, aunque luego no lo hagan. Y cobran tarifas que superan en mucho las que establecen con las empresas profesionales.

—No sabía yo eso.

—Sí. Realmente es una pena que todo el mundo no sepa la realidad de las cosas. Porque es interesante que se deshaga el error, y que todos estén enterados de que, por ejemplo, la partida de «Piso de Plaza», o sea el alquiler del ruedo, ha ido elevándose en proporciones que ya tienen el carácter de irresistibles. Antes, hace sólo unos años, la Empresa exigía cincuenta mil pesetas, y de ese dinero, al liquidar, dejaba un donativo. Después, subió a setenta y cinco mil. Ahora, cobra el 20 por 100 del aforo total, lo que representa, en una corrida no muy cara, de precios moderados, más de las cien mil pesetas. Y hay que tener en cuenta que las corridas de carácter benéfico —la de la

cuenta propia. Pero, en fin, este es un problema largo de discutir, que será discutido, y que no importa a lo que venimos diciendo, salvo en la parte que significa un capítulo más, gravoso, fuerte, en los enormes gastos que un festejo de esta clase lleva consigo.

Esto es lo que nos vemos obligados a aclarar, cada vez que hay corrida, los que por nuestra misión al frente de un organismo —en mi caso, la Asociación de la Prensa— las tenemos que organizar. El que lea las anteriores afirmaciones mías, que son reflejo exacto de la verdad, es posible que piense: «Esto no es justo». ¿Cómo va a serlo? En primer lugar, la finalidad de tales corridas es la más respetable, y debía tener el amparo y la protección de todos. Es de tener además en cuenta que la solera de algunas de esas corridas, su tradición y jerarquía, pone en las temporadas taurinas una nota de suma atracción, sin la cual el resto no sería más que vulgaridad y apartamiento del interés y los motivos de verdadera sugestión para el público. Dos corridas de ese carácter se han celebrado esta temporada en Madrid: la de la Prensa, número cincuenta y uno en la lista de las celebradas desde la fundación de nuestra entidad, y la de los huérfanos del Magisterio que, sin esa antigüedad y carácter tradicional, atiende a una finalidad igualmente humanitaria, digna de encontrar las mayores asistencias. Como la del Montepío de la Policía y la de los toreros, y la famosa de Beneficencia, que sirve para dotar al Hospital Provincial de Madrid, que es hoy uno de los mejores del mundo. Hay que amparar y defender, pues, las corridas benéficas. Pero por todos. Porque no hay razón para que los diestros cobren más dinero que en las ordinarias, ni la puede haber para que los ganaderos vendan sus toros a precio mayor que el que reciben de las Empresas, ni, finalmente, es explicable que éstas se aprovechen y traten de remediar sus descalabros con la ortopedia de la organización ajena.

Si hubiera corridas buenas —los matadores que actuaron en la de la Prensa, salvo uno, no han pisado el ruedo de las Ventas, en las tardes de cartel corriente— y se llamase al público con aquellos programas del tradicional y sugestivo abono de Madrid, podría justificarse la animadversión a las benéficas. Pero no es así: se revaloriza un poco

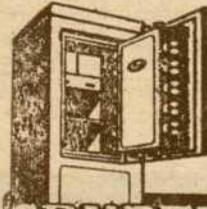
la fiesta, se despierta el interés del público —en beneficio de todos, no se olvide este dato— y se

gana un dinero, aunque sea más del justo, que con la organización propia no se consigue. Sin embargo, todo es imponer nuevas y más graves condiciones, aumento de canon, obligatoriedad de fechas, exclusión de toreros y de ganaderías que no tengan trato con la Empresa, etc. Es la conjunción de los absurdos.

Y todo, con un olvido lamentable de la finalidad humanitaria, de orden asistencial, que esas corridas vienen a cubrir.

La actualidad —que este año no puede ser más triste en el asunto de los toros— nos brinda las anteriores reflexiones. Algunas de ellas servirán para esclarecer puntos y temas que no debían permanecer en la zona de la duda y la penumbra. Otras, para justificar actitudes. Muchas de ellas, para poner las cosas en su sitio, y que cada cual cargue con la culpa y responsabilidad que le incumben. Perdónese a este modesto organizador de una corrida que haya tocado una cuestión que puede parecer puramente particularista. Pero, en rigor, ¿no es interesante? Al buen aficionado le gusta, lógicamente, estar enterado de todo lo que a la fiesta concierne. Y yo estoy seguro de que muchos aficionados encontrarán, en las cosas que dejo trascritas, novedades o esclarecimientos que pueden contribuir a la satisfacción de ese legítimo deseo de estar enterados.

FRANCISCO CASARES



**GRUBER**

SUCURSAL EN MADRID: FERRAZ, 8

ANTES DE COMPRAR  
 UNA CAJA, PIDA  
 CATALOGO A LA  
 FABRICA MAS  
 IMPORTANTE DEL  
 RAMO  
  
 ARCAS GRUBER  
 S. A.  
  
 BILBAO



## EL ARTE Y LOS TOROS

# Juicio y absolución a un cuadro de LIZCANO

EN la mañana de un día de estos no festivos, plácida y silenciosa mañana sin apenas visitantes y curiosos molestos, hemos vuelto a recrear el espíritu en las amplias salas del Museo de Arte Moderno. ¡Todo un siglo pictórico allí representado! Hay una temperatura suave, grata y como tamizada por los biombo y cortinajes, que predispone a la quietud y detenida contemplación. Estamos esta vez, otra vez, ante el cuadro, tantas veces admirado, «Cogida de un diestro», del pintor Angel Lizcano. Está en una de las salas de la izquierda, cubriendo casi todo un panel, presidiendo a otros dos lienzos de gran tamaño. Pero estamos ante «Cogida de un diestro», ya lo hemos dicho, famosa obra que tantos comentarios despertara en su tiempo.

El autor, prendido y sugestionado por la emoción circundante, por el espíritu que late y conmueve el ambiente nacional, busca un tema que sobresalga y destaque. Está de moda —todavía— la nota melioramática, la pública y externa agudización del sentimiento. Lo trágico, lo conmovible, está a la orden del día. Tragedia o drama calderoniano en el teatro con Echegaray, Galdós, Dicenta y Guimerá... Drama y sentimentalismo en los poetas post-románticos. Drama en la literatura novelística y en la pintura; drama, en fin, en la política que marca la tónica y malea o purifica el oxígeno que se respira... Y Lizcano, que arrastra aquella, en cierto modo, abracadabrante visión de las cosas que tenía Goya y Lucas, atenta y los filósofos naturalistas, no puede aislarse de su obra las raíces mismas admirativas, que no torman y dirigen al pintor, pero que sí ejercen su benévola tutela.

Cuando, en 1877, Lizcano pinta este cuadro objeto de comentario, ya se le acusa de extranjerización, de afrancesamiento. Se habla, por otro lado, de Goya y Lucas, sobre todo de este último; de las influencias —tópico empleado con abuso— de ciertas concomitancias, de ciertas analogías en la técnica. Se habla mucho, tal vez demasiado. Veamos, pues, impelidos por las propias circunstancias, la trayectoria y el resultado de estas influencias. En sentido ascendente, Lucas está cerca de Lizcano, y se dice que éste, Lizcano, se ha dominado pictóricamente por el otro. Lucas a su vez —seguimos el orden cronológico inverso— es como discípulo de su anterior Goya. Luego, si dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí, Lizcano es continuador de Goya, como lo es de Lucas. Por otro lado, no hay que olvidar que Goya, el Goya de primera época, el Goya de los cartones para tapices, está un poco prendado del decorativismo francés. Goya, un poco cuco y zalamero, se deja conscientemente engañar por la elegancia presuntuosa y retocada de Versailles, aunque después, rompiendo las ligaduras esclavizadoras que le atan al pasado, se modifique, se acople a su momento, exaltando su euforia hispanista. Goya es atávico y completamente «nuestro». La pintura de Goya es, no sólo nacional, sino que, con Velázquez y tal vez con el Greco, marca la cúspide de la españolidad pictórica. Y en torno a ese círculo vicioso, giran una serie de consecuencias que más que otra cosa reafirman y aseguran, si no la absoluta independencia, la españolidad de Lizcano. ¿Influencias? ¿Pero qué pintor, al fin de cuentas, no se forma con la escuela de otro pintor anterior o coetáneo? No se olvide que Lizcano señala una época, una fase de la pintura española. Es una de las figuras más características de su tiempo. Lizcano marca y exterioriza su preferen-

cia por el tema taurino; Lizcano se da por entero a su devota admiración y pinta escenas de los toros, no porque las hicieran Goya y Lucas, padre, principalmente, sino porque el tema agrada al público y éste es, al fin de cuentas, quien marca o impone los gustos y las preferencias, porque el momento es propicio para la exaltación y loa artística del más artis-

tico y deslumbrante, el más magnífico de los espectáculos.

Las cuatro figuras de primer término son en sí el cuadro; el resto es el ambiente, es un fondo complementario al asunto que ya estaba hecho y resuelto. Los personajes de barrera y tendido están de cierta manera difuminados y desvaídos, señalados, dibujados más bien; pero, claro está, marcados con acierto los contornos. Con sólo el grupo central se hubiera podido hacer el cuadro; con sólo ese trozo del callejón se hubiera podido acabar el lienzo; lo demás puede ser, y es en cierto grado, un complemento superfluo.

Sometido a juicio, el cuadro «Cogida de un diestro», por algunos llamado, equivocadamente, «Torero herido», sólo pronunciamientos favorables obtiene y merece. No ya absuelto de toda culpa, no ya libre de toda influencia le consideramos al juzgarle, sino que creemos que es uno de los mejores y bien contados cuadros de Angel Lizcano. Lo demás, pensar en otra cosa, como vulgarmente se dice, es buscarle tres pies al gato...

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



«Cogida de un diestro», cuadro de Angel Lizcano, propiedad del Estado, que caracteriza y distingue la pintura de una época

**Festival benéfico  
en CIUDAD REAL**

**Dos novillos de Pinohermoso  
y cinco de Silverio Fernández**

**Juan Belmonte, Pinohermoso,  
Juanito Belmonte, Angel Luis  
Bienvenida, Pepe y Luis  
Miguel Dominguín  
y Llorente**

Juan Belmonte olava un par de banderillas en terreno comprometido

El duque de Pinohermoso se sale al tercio jugando con el novillo

Pie a tierra, Pinohermoso torea de muleta

Juanito Belmonte le corre la mano a su novillo en un buen muletazo

Un natural de Angel Luis Bienvenida

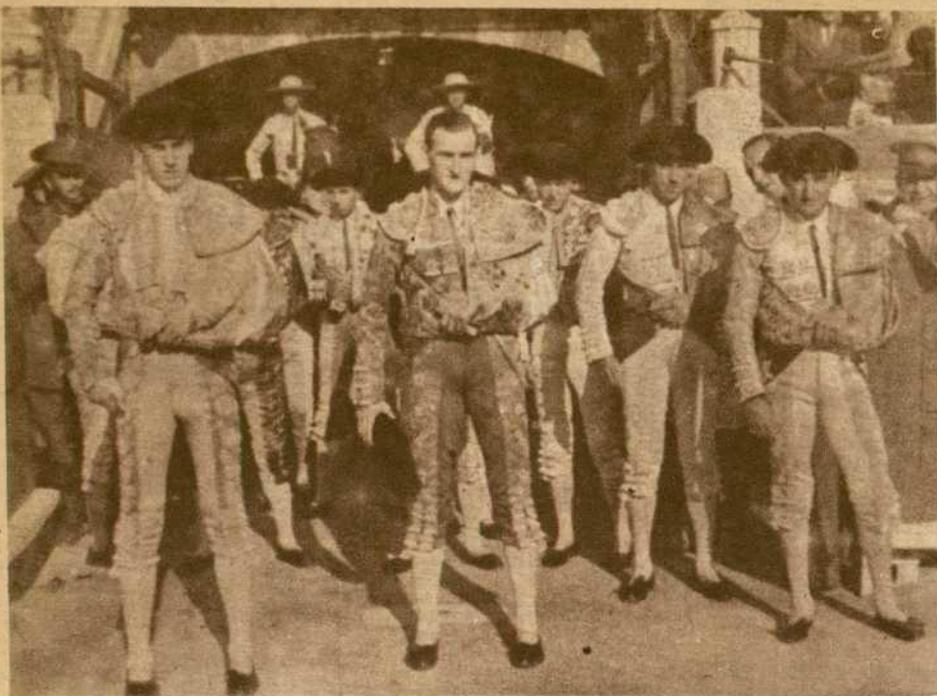
Pepe Dominguín torea sobre la mano izquierda

Un buen derechazo de Luis Miguel Dominguín

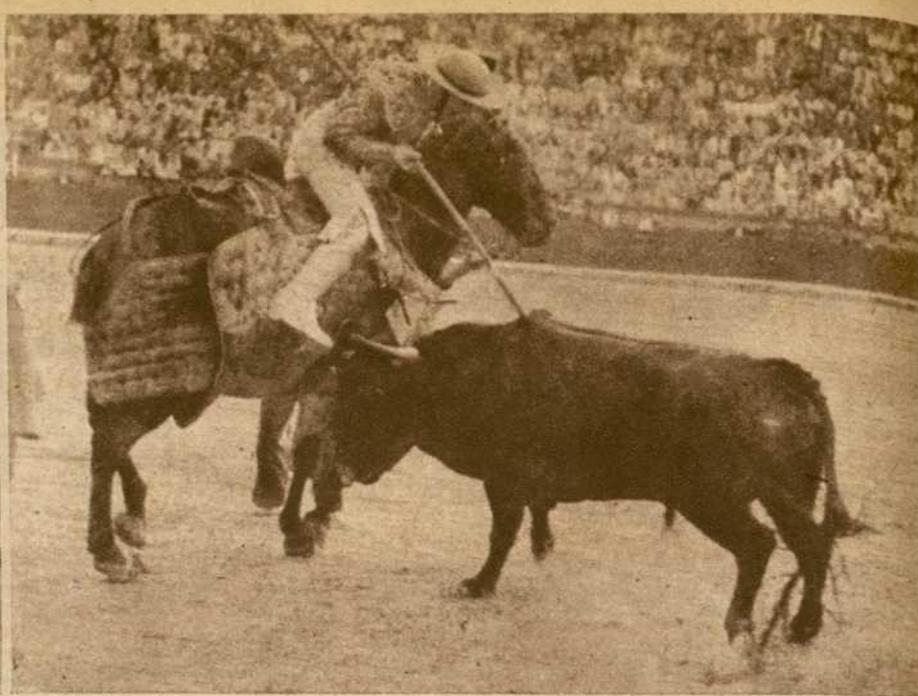
Llorente muletea al natural

(Fotos Mari)

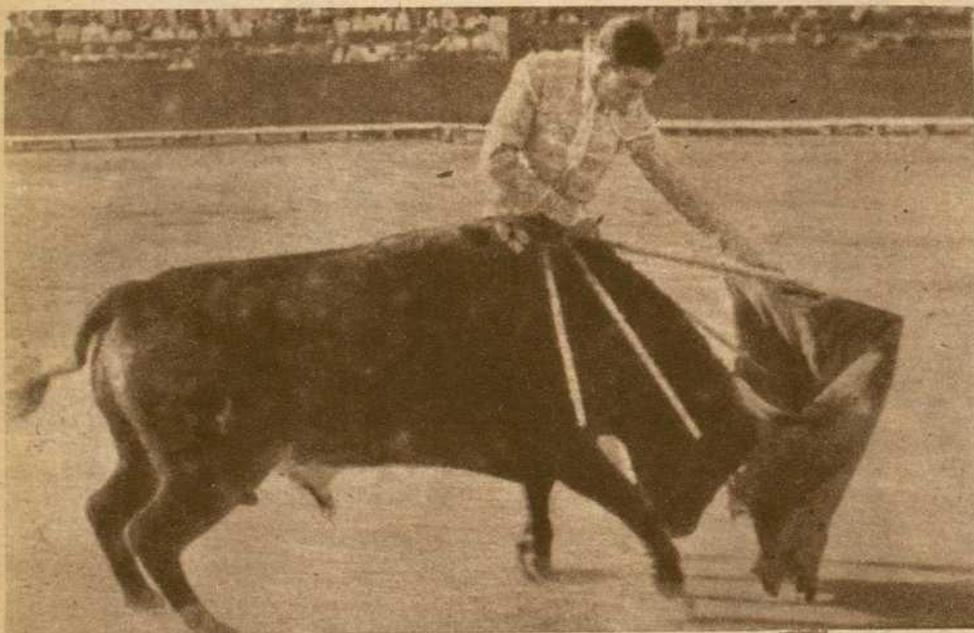
Los espadas que actuaron en el festival dan la vuelta al ruedo entre ovaciones



Los matadores de la primera corrida de feria dispuestos a efectuar el paseo



Un puyazo de Relámpago al quinto toro



Parrita en su primer toro, del que cortó la oreja

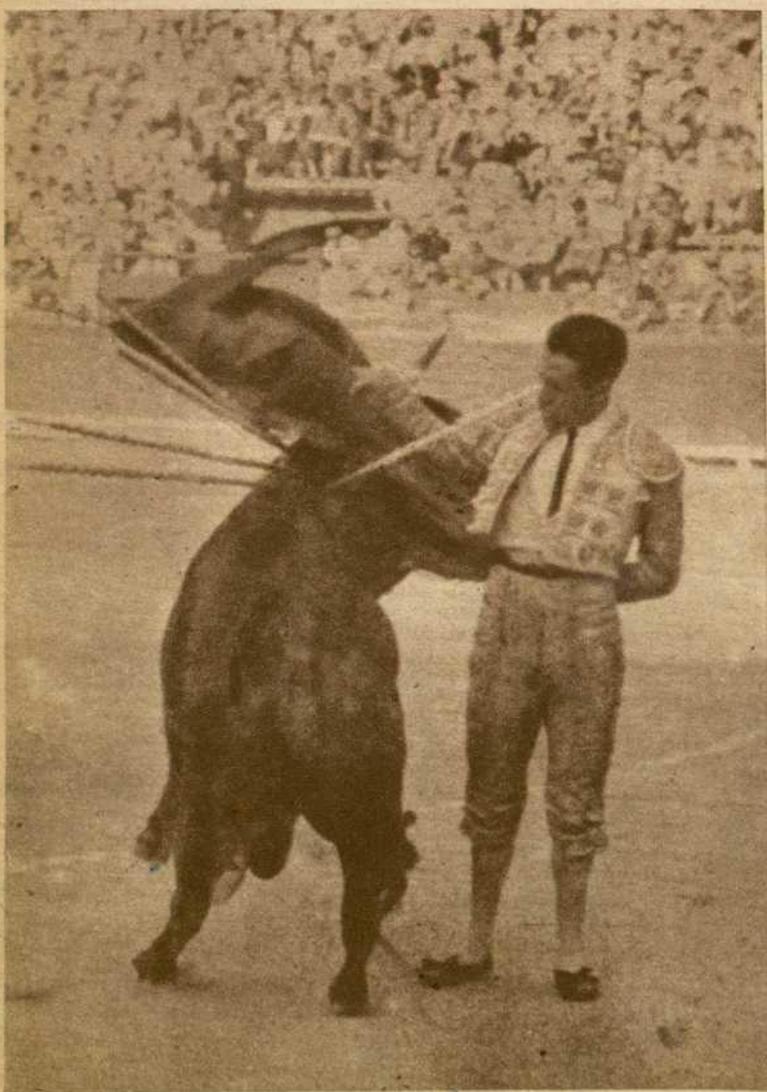
Belmonte en su primer toro

**LA PRIMERA DE LA FERIA DE VALENCIA**

**TOROS DE GALACHE**

PARA

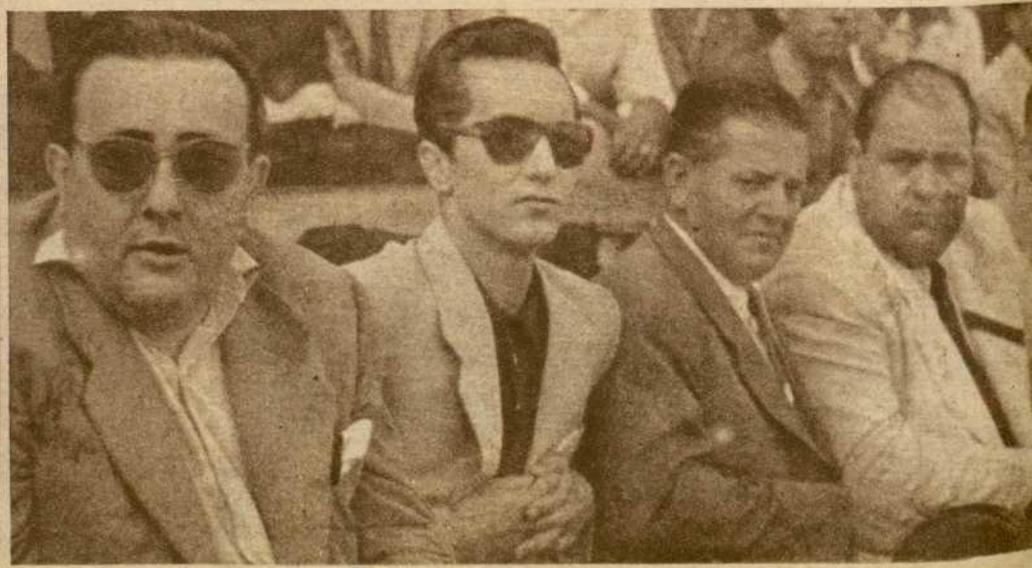
**JUANITO BELMONTE,  
PARRITA y ROVIRA**



Rovira en su segundo toro

(Fots. Vidal)

Luis Miguel Dominguín, con su padre, presenciando la corrida



AHORA HACE UN AÑO...

# ¡Aquel gran empresario que se llamó PAGES



Una tarde, en el ruedo vacío de la Plaza de San Sebastián, hablaba Pagés conmigo de cosas del negocio...

Pagés tuvo la exclusiva de Juan Belmonte en la brillante vuelta de Juan a los toros. En la foto, el fallecido empresario, en Sevilla, con el trianero y su hermano Manolo. Era la época en que Pagés tomó las riendas de la Plaza de la Maestranza...



Don Eduardo Pagés, en una tertulia en San Sebastián. (Fots. Archivo.)



palabra era una escritura. Poseía una maravillosa intuición para «calar» atracciones. Fué él quien lanzó el toreo cómico, haciéndose

empresario de Charlot y llevándolo por tierras americanas.

Fué él quien llevó nuestra fiesta a todas las Plazas del mundo. Llenó la de El Toreo, de Méjico, con una corrida goyesca, y trajo toros de Piedras Negras para celebrar en San Sebastián una corrida hispanoamericana.

Tuvo la exclusiva de Belmonte, y se llevó también en exclusiva a Domingo Ortega para las Plazas de América.

Durante el Movimiento, bloqueados todos sus bienes en Madrid, Eduardo Pagés celebró muchas corridas de toros en Francia, aportando para España divisas extranjeras, tan interesantes para nuestro mercado.

Era inteligente y cordial, generoso y bueno. Su ingenio y su humor hacían de él un es-

critor estimable. Era poeta fácil e inspirado. Gordo y cincuentón, nadie sino los íntimos conocían sus versos románticos, que sólo de vez en cuando, venciendo su timidez, nos enseñaba.

No era un empresario codicioso. Buscaba la ganancia; pero le halagaba más un éxito artístico de sus organizaciones que el beneficio logrado en las corridas. Fué empresario de todas las Plazas importantes. Su ilusión estaba en las de Sevilla, Valladolid, Salamanca y, sobre todo, en la de San Sebastián. Los mejores carteles los ofrecía a Donostia.

—De esta Plaza —decía— seré empresario hasta que

me muera, aunque me cueste el dinero.

Y así ha sido. Hasta su muerte.

Este año nos falta, como nos faltó ya en el anterior, su presencia en el Choco. Allí hablaba, decididor y lleno de ironía. Le hacía versos a Raimundo Santiago, y se peleaba a veces con Anselmo Fernández. Mantenía su superstición con la protección al manganté Gorito, y sacaba todos los días de corrida su varita mágica.

De esa varita, en la que nadie decía creer, pero a la cual, sin poderlo remediar, mirábamos todos con verdadero respeto. Porque la verdad era que aquí, donde tanto canta el Orfeón, en veinte años sólo se le había suspendido a Pagés, por causa de la lluvia, una única corrida.

¡Pobre Eduardo! Acabamos de rendirle el recuerdo de unas oraciones. Dentro de poco, otra piadosa memoria será elevada a otra figura taurina, que también cerró los ojos para siempre en San Sebastián: Manolo Bienvenida.

**E**L martes, día 23, se ha cumplido el primer aniversario de la muerte de don Eduardo Pagés. Vino a morir en San Sebastián, cuya Plaza tenía en arriendo hacía más de veinte años. Mejor dicho: ya no la tenía. Porque resulta, según fallo judicial en un interdicto promovido por sus testamentarios, que el señor Pagés no tenía arrendada la Plaza donostiarra.

Mientras en los Juzgados andan los «papelistas» con sus pleitos, los amigos de Eduardo Pagés nos hemos reunido en la iglesia para dedicarle una oración.

Es pronto aun para que la figura de Pagés, como empresario, destaque toda la enorme importancia que ejerciera en la fiesta de los toros.

Llevó a ella, en primer lugar, seriedad y solvencia. No firmaba un contrato; pero su

# EL VICIO DE LOS TOROS



**A** FICIONADO a toros, y no espectador, se dice del que ama la fiesta de los toros. Y eso, y no otra cosa, es la afición: amor. El buen aficionado, o buen enamorado del arte de torear, es, por lo mismo, inteligente en la afición o amor a que dedica su asiduidad. Pero el aficionado sensato no se deja arrastrar por la ceguera de la pasión; es equilibrado, ponderado, justo. Y, aunque tenga preferencias, no por ellas se deja llevar por la parcialidad o el partidismo. Entre dos escuelas dispares, por ejemplo, la sevillana o la rondeña, su espíritu y su aplauso se inclina del lado del merecimiento patente. Entre dos grandes figuras del toreo, Gallito y Belmonte, siente por uno, sin menoscabo del otro, la emoción estética o la emoción dramática. Ese, para mí, es el tipo sano del buen aficionado, todo justicia y equilibrio en el papel que, en fin de cuentas, le compete como juez supremo del espectáculo.

Además de amor, necesita el aficionado conocimiento: conocer. Y ya sabemos que la pasión quita conocimiento por su arrebató potencial. La pasión en

los toros, así considerada, es tanto más peligrosa cuanto que arrastra muchedumbres no del todo inteligentes. Estas multitudes, no reguladas siempre por la ecuanimidad de los buenos aficionados, dan lugar al aspecto bárbaro de la fiesta, retrotrayéndola, por desgracia, a su sentido originario de orgía embriagadora de sangre y de sol. Esta pasión es, en resumidas cuentas, la culpable, en casos infinitos, de la necrología, tan abundante en la historia del toreo. Ella es la que, por afán de bandería, coloca frente a frente, en las llamadas competencias, a dos hombres, por lo general, de artes y estilos diferentes, para que, estimulados en la hombria puntillosa y el amor propio exasperado, den de sí lo que dan los gallos ingleses en las clásicas gallerías de las riñas.

Hay, pues, un elemento legítimo y plausible en el panorama taurino: la afición o amor a la fiesta. Hay otro elemento, no tan plausible: la pasión de los toros. Y, finalmente, nos queda un tercer elemento, derivado de aquéllos: el vicio de los toros.

La afición atrae. La pasión exalta. El vicio embrutece. Y esto es lo que importa evitar. El vicio de los toros, si existe, lo debemos barrer de nuestra fiesta nacional, que, por ser nacional, nos caracteriza, nos define, nos perfila ante el mundo. Toda pasión puede generar un vicio inherente a la pasión misma. La mujer es bella; el vino, singularmente grato y gustoso; y, sin embargo, no habrá quien niegue adónde nos llevan el vicio de la mujer y del vino. La naturaleza humana, o infrahumana, es así. Por lo demás, no sólo en los toros hay vicio: padecemos vicio de cine, vicio de *gitanismo*, vicio de *falso folklore* y de otro linaje de vicios que saltan a la vista a poco que se escarba.

Pero, ¿existe en verdad un vicio de los toros? Apresuremos a decir que en lo presente no hay la pasión desbordada que conduce a ese extremo. Hay pasión, sí; pero contenida en un entusiasmo que no sale de la Plaza. Y aunque hubiere algo de vicio, quedaría neutralizado por la brava España resucitada de hoy. La virtud tiene la virtud de prevalecer sobre el vicio allí donde resurge.

¿Y antes? ¿Y cuando España dormía en el marasmo que va de Santiago de Cuba y Cavite al barranco del Lobo y Annual? Entonces, sí. Entonces hubo vicio. ¿A qué atribuir, si no, la bárbara inconsciencia de nuestras multitudes llenando las Plazas cuando nuestros barcos de madera se hundían estolécamente en aguas de Cavite? Precisamente, en la época señalada, cuando Costa llamaba *eunuco* al pueblo español, cuando Silveira nos lanzó el *Sin pulso*, y, lo que es peor, cuando un estadista extranjero, Salisbury, incluía nuestra Patria en los pueblos moribundos, es cuando, paradójicamente, llegaba a su ápice el vicio nacional de los toros.

Esa época, brillante en la torería, va de la desaparición del Guerra a la aparición revolucionaria de Gallito y Belmonte. Ni ellos ni la fiesta tenían la culpa de la relajación del gusto popular. Pero ellos, sin quererlo, fueron objeto de banderías desorbitadas. En la misma capital de España hubo capuletos y montescos, chorizos y polacos, que se aporreaban concienzudamente por uno u otro ídolo. Dato pintoresco: para reconocerse en el tendido usaban los belmontistas gorrillas de color canela, y los gallistas, gorrillas a cuadros. Esta ceguera, invasora también de las clases elevadas, y aun de las intelectuales, estuvo a punto de malquistar en serio a aquellos dos excelentes muchachos, todo corazón y noble rivalidad. Véase Natalio Rivas.

Sevilla, patria de los dos grandes toreros, era rabiosamente belmontista, a pesar de la Alameda. En la calle de la Sierpe se vendían siluetas recortadas de Belmonte con una capa superpuesta. Levantábase la capa y aparecía el trianero con los signos crudos y concretos de la hombria. Esta fetichista adoración del hombre por el hombre me pareció repugnante.

Don Benito Pérez Galdós, a quien, como a Unamuno, le dolía España en el cogollo del alma, nos dijo un día a los Quintero y a mí: "Hay que combatir esta locura del público como se combate un vicio; si yo fuera joven, lo haría sin vacilar; a ustedes, que lo son, les toca hacerlo." Los Quintero no se atrevieron. Yo, sí.

Paseando un día por la calle de Alcalá con el glorioso dramaturgo francés Paul Hervieu, nos sorprendió, al llegar a la calle de Sevilla, una multitud apelmazada frente a los balcones de *La Tribuna*, donde se leía en grandes cartelones la reseña, toro por toro, de la corrida que aquella tarde se estaba celebrando. Eran los días precursores de la primera guerra mundial, y Hervieu, dándole un vuelco su corazón de patriota, me preguntó alarmado:

—¿Es la guerra?

Y yo le dije:

—No, maestro: son los toros.

—Entonces —preguntó el moralista, más tranquilo—, ¿son semidioses los toreros?

—Los semidioses! Me había dado el título.

Las obras dramáticas son fruto del ambiente, y cuando maduran no hay sino alcanzarlas con la mano.

Escribí aquella obra, no contra la fiesta, que adoro por su pureza racial y por su belleza plástica, sino contra el vicio plebeyo cuando mancha aquello mismo que ama. **FEDERICO OLIVER**

# Cómo adquirí los documentos de la Escuela de Tauromaquia de SEVILLA



**L**A fortuna, que me negó sus favores en los momentos en que con más ansia los ha requerido mi deseo, me ha sido propicia hasta la prodigalidad en lo que se refiere al encuentro de papeles viejos de interés histórico. Y uno de los muchos casos en que me colmó de mercedes fué en el hallazgo de la documentación auténtica de la fundación de la Escuela de Tauromaquia. En esa ocasión, la buena estrella tomó la forma de la más extraña casualidad.

Hará como unos treinta años, tenía yo un amigo que murió hace tiempo, llamado Bartolomé Ferrer Iturriaga, inteligente y honrado funcionario del Cuerpo de Correos, al que había protegido mucho y que, hombre agradecido, me pagaba con un cariño entrañable.

Como conocía mi incurable afición a coleccionar escritos de épocas preteritas, cuando alguno que juzgaba de interés llegaba a sus manos, inmediatamente me lo regalaba.

En el curso de su carrera fué nombrado administrador de Correos de Careabuey, provincia de Córdoba, donde no conocía a nadie; pero como era muy simpático y bueno, rápidamente se relacionó con casi todo el vecindario. Entre otros amigos que logró, había uno, cuyo nombre no recuerdo, porque no lo consigné en mis apuntes, que administraba un cortijo de la propiedad de dos respetables señoras de la población.

Un día el referido señor le invitó a cazar en la dicha finca, y Ferrer, que era aficionado a cazar, aceptó encantado la propuesta.

Llegaron a la casa de campo muy de mañana; salieron al ojeo, mataron algunos conejos y regresaron a la casería en busca del almuerzo. Este les fué servido en la cocina campestre, y cuando tomaban el café, se fijó mi amigo en que la campana de la chimenea campesina, que no falta en los cortijos andaluces, había un gran paquete de papeles, cubierto con una espesa capa de polvo. Preguntó qué era aquello, y su anfitrión hubo de contestarle: "Esos papeles, Dios sabe el tiempo que hará que estén ahí. Esta heredad perteneció al señor conde de la Estrella, y mis señoras la compraron a sus herederos. Seguramente, esos papeles pertenecieron al conde, y es posible que sus sucesores, que nunca vinieron aquí, ignoraban que existieran. Yo he estado a punto de bajarlos para quemarlos, y, si no lo he hecho, es porque, como la cubierta de la chimenea es tan alta, no he sentido gana de tomarme la molestia de poner una escalera para alcanzarlos".

Mi amigo no podía sospechar el interés que pudieran encerrar aquellos papeles; pero, por mera curiosidad, le rogó que los bajaran para verlos. Pidieron una escalera, y uno de los criados los bajó, y después de quitarles más de dos dedos de polvo, que los cubrían, procedieron a examinarlos. Ferrer, a medida que los iba viendo, comprendía que su contenido era interesantísimo; y en vista de ello, dijo al administrador que, puesto que había pensado quemarlos, tuviera la bondad de regalárselos. A lo que su interlocutor accedió muy gustoso.

En el primer viaje que hizo a Madrid me los trajo, y no hay que decir, dadas mis aficiones, con el júbilo que los recibí.

Era una riquísima colección de antecedentes, todos documentales, sobre un asunto tan discutido como lo venía siendo la creación y funcionamiento del singular establecimiento docente oficial de carácter taurino, único de su clase que registra nuestra Historia.

Seguidamente clasifiqué cuanto contenía el célebre paquete y pasó a mi archivo, con la estimación de ser cosa excepcional y sin semejante.

Para un aficionado tan recalcitrante como yo a la fiesta nacional, el obsequio tuvo el valor de un tesoro.

Todo lo que constituía el voluminoso legajo es curiosísimo: carteles de los primeros años del siglo XIX; revistas de las corridas, hechas en una forma tan concienzuda, que exceden en mérito a las mejores que se han escrito después; cuentas de ingresos de cada fiesta, que, leídas ahora, producen asombro, porque las cantidades que ahora rinden son cifras astronómicas, comparadas con aquéllas; listas auténticas de los alumnos de la Escuela Taurina; Reales Ordenes relativas a dicha institución; cartas dirigidas al conde de la Estrella sobre los mismos asuntos; intervenciones del Juez protector de la Escuela, que lo fué el Asistente de Sevilla, don José Manuel Arjona; epístolas de Jerónimo José Cándido, cuando, por haberse ausentado Pedro Romero, tuvo que interinar la Dirección, y muchos más papeles, todos de singular curiosidad e interés. Pero, sobre todo, lo que es de incomparable estimación es la correspondencia de Pedro

Romero con el conde de la Estrella, dándole cuenta de la calidad de los discípulos y de sus adelantos. Cerca de un centenar de epístolas, únicas que existen del gran toreo rondeño, y que no sólo para el aficionado a los toros, sino para el historiador, son inapreciables, porque ilustran sobre la manera que tenía de funcionar aquel rarísimo centro de enseñanza.

**NATALIO RIVAS**

(De la Real Academia de la Historia)



**UNGUENTO ANTISEPTICO PARA ACCIDENTES Y ENFERMEDADES DE LA PIEL.**

**QUEMADURAS - GRANOS ULCERAS - HERIDAS**  
VENTA EN FARMACIAS

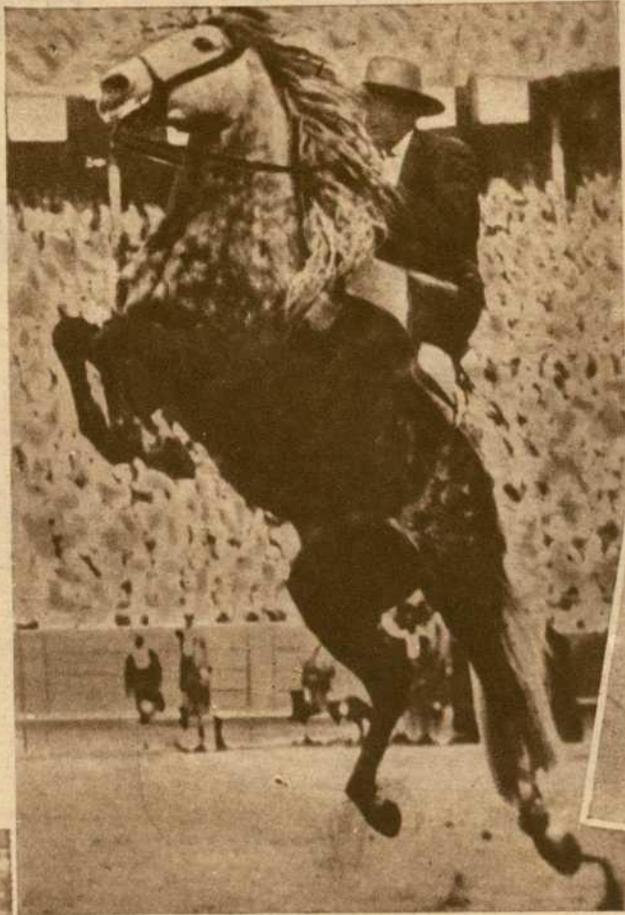
Censura sanitaria núm. 3970

# La retirada definitiva de ANTONIO CAÑERO

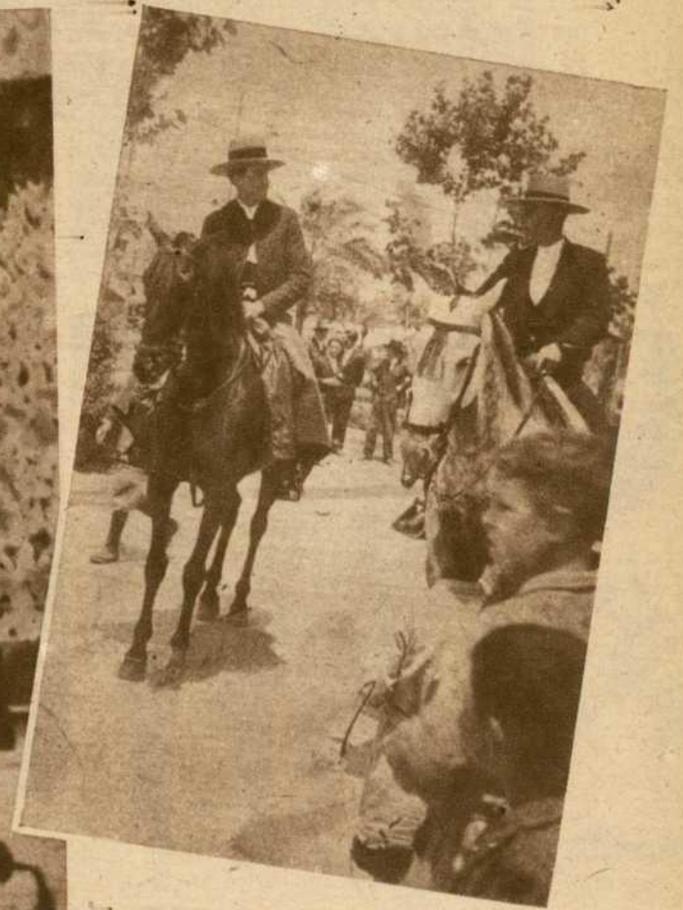
**A** HORA si que se retiró definitivamente del toreo aquel gran don Antonio Cañero, de quien fui «compañero de fatigas»— así me llamaba él—. Los médicos ya no lo dejan montar ni en el Real de la Feria de Sevilla, que alegró los últimos años con un famoso caballo, al que allí llamaban «el águila blanca», por el color de las crines de su cola larga. Ya no podrá torear ni una corrida extraordinaria, ni un festival. «Hay que remendar el corazón, dilatado por el exceso de ejercicio, que a la vejez es cuando molestan todas estas cosas», dice él con nostalgia, que disfraya en una copla:

*Con dinero tóo se allana,  
con el tiempo tóo se olvida  
y la muerte tóo lo iguala.*

Quisiera yo explicar y demostrar ahora que la escuela cordobesa de torear a caballo, creada por Antonio Cañero, no es la portuguesa, ni la de pasar a prisa por la cara de los toros, como ocurre en los campos de Andalucía. Y conste que esto no va contra mis paisanos, ni contra los que, después de Cañero, salieron en Sevilla y en Jerez, amigos



Cañero dando la curveta en el «Águila Blanca»

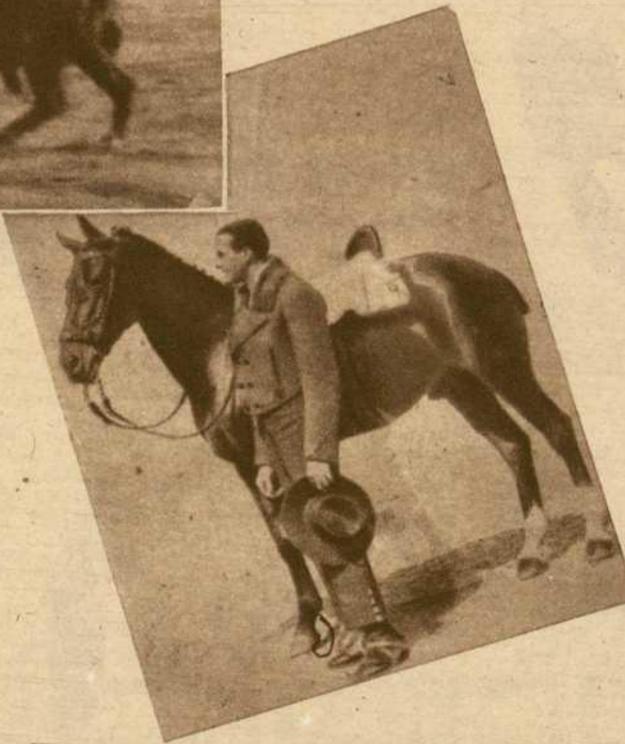


Guerrita y Cañero en la feria de Córdoba (Foto inédita)



Cañero rejoneando en la Torda.

Cañero, en 1925, con su famosa Bordó



tan buenos como el inolvidable Pepe, Algabeño, y el gran Juan Belmonte, y un caballero tan noble como don Alvaro Domecq, que no pierde oportunidad de brindar a Cañero, como hizo en Sevilla y en Córdoba.

Cañero tomó caballos tan famosos como la Bordó y la Torda, y treinta años luchó con los toros el que reunió sus posibilidades de torero a pie, con sus raras calidades de jinete, concursista militar, en las pruebas hípiacas de España, de Portugal y de Francia. Empezó en 1914, con don José Pérez de Guzmán, el del fandanguillo de Huelva, y con don Julián Cañedo. Y por toros gordos, y con cinco años, fué cogido en Córdoba, en 1917, recibiendo una cornada en un muslo y otra en el cuello, tan graves, que llegaron a darle el Viático; en Palma del Río, en el vientre, y con salida de intestinos, y muchas veces más, hasta la última tarde de la Plaza madrileña de la carretera de Aragón, en la que cortó la primera oreja allí concedida a un rejoneador.

Entonces ocurrió esto de que fui testigo: Guerrita le apreciaba mucho a Cañero; pero una rivalidad en el arriando de la Plaza de Toros de Córdoba lo había distanciado. Presidió el Guerra aquella corrida de Madrid, y encontrándose los dos en el tren que los llevaba de regreso, Rafael, entusiasmado con

el éxito obtenido por su paisano, le tendió la mano y le dijo con aquel su orgullo cordobés:

—Bien, Antonio. ¡De Córdoba tenías que ser!

Y volvieron a saludarse en los encuentros de la calle Gondomar, cuando el Guerra salía de su Club, o cuando iba por la Sierra, camino de su finca, vecina de la que fué de Lagartijo el Grande, «Córdoba la Vieja», en la que vivimos con Antonio Cañero, que la tenía de arriendo a don Florentino Sotomayor, el ganadero.

En la Plaza del Potro, a la puerta de la casa que había de ser su Museo, nos dijo Julio Romero de Torres esto, que entonces publicamos en un libro —«El libro de Cañero»—: «Cañero es un innovador y un evocador al mismo tiempo. Por distintos procedimientos evoca toda la elocuente gracia griega, que fué la característica de los grandes toreros de Córdoba.»

Y en la carretera del Brillante, estando nosotros con Joaquín Milla —que aun llora cuando habla de Rafael Molina—, nos dijo Machaquito esta otra frase, que consta de dicho libro: «En su clase de toreo, no he visto otro más valiente, lo mismo para el caballo que para el toro, que Cañero.»

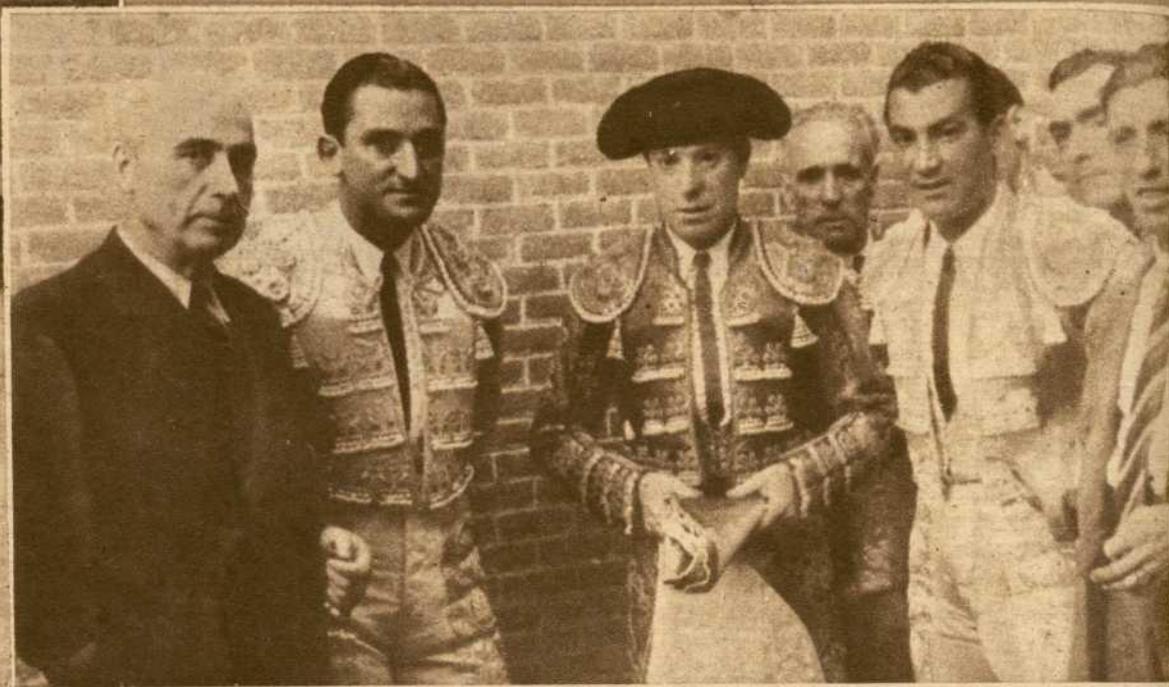
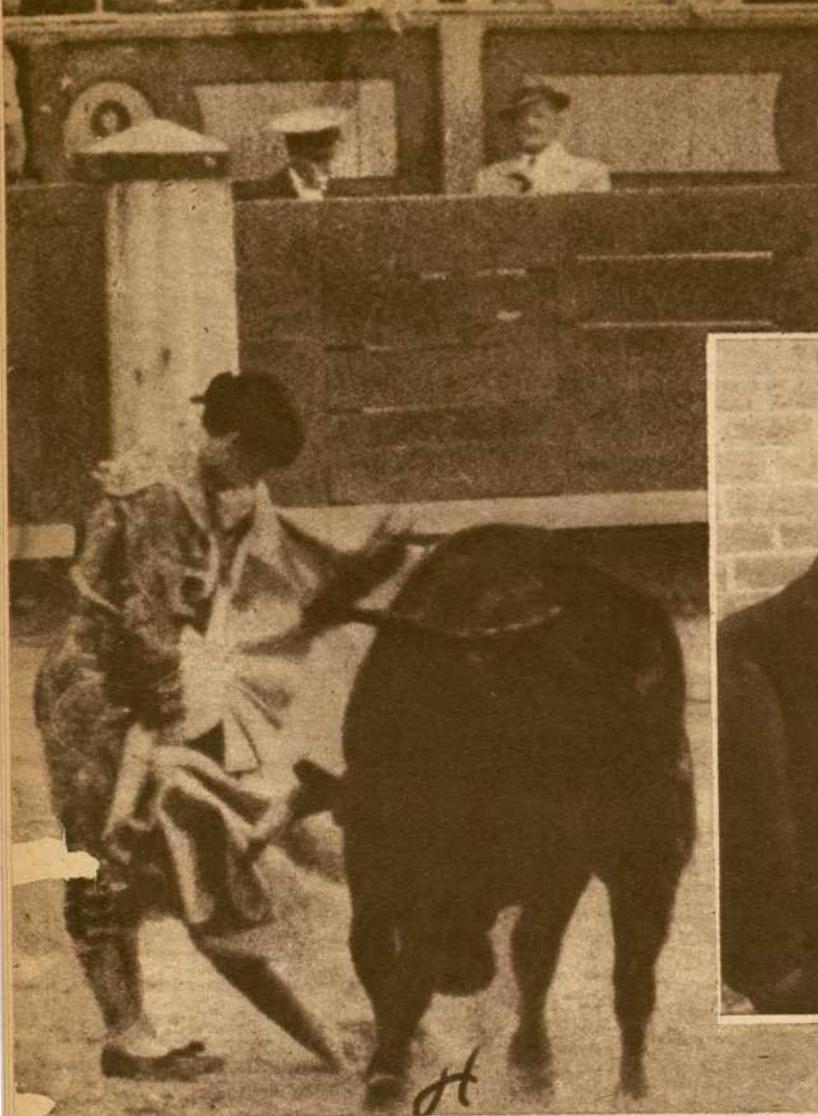
Esto fué hace veinte años. Por el Gran Capitán aun paseaban su pierna el Bebe y Conejo su vejez. Manolete era entonces un chiqueto, y estaba estudiando en los Salesianos. Pero Camará ya había abandonado sus famosos pares a topa carnero, y Cantimplas empezaba de novillero, y Zurito había de matar los toros de Cañero, cuando éste ya no podía bajar del caballo.

Ahora ya no puede montar, ya se retiró definitivamente. ¡Qué pena! ¡Qué «saudade»!, decimos los portugueses.

ROGERIO PEREZ



# LA CORRIDA DEL JUEVES EN LAS VENTAS

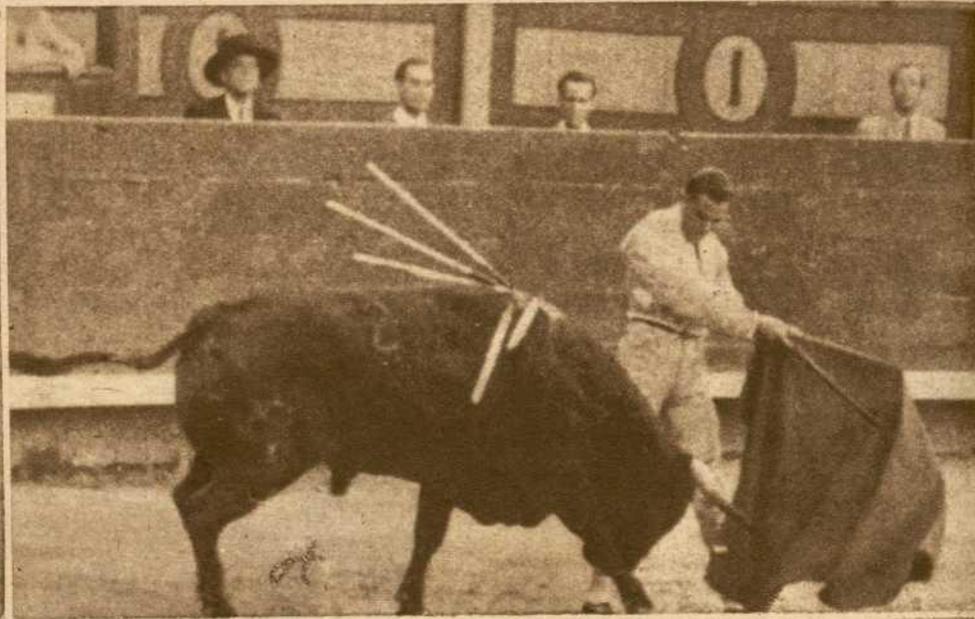


Una verónica de Pepe Luis

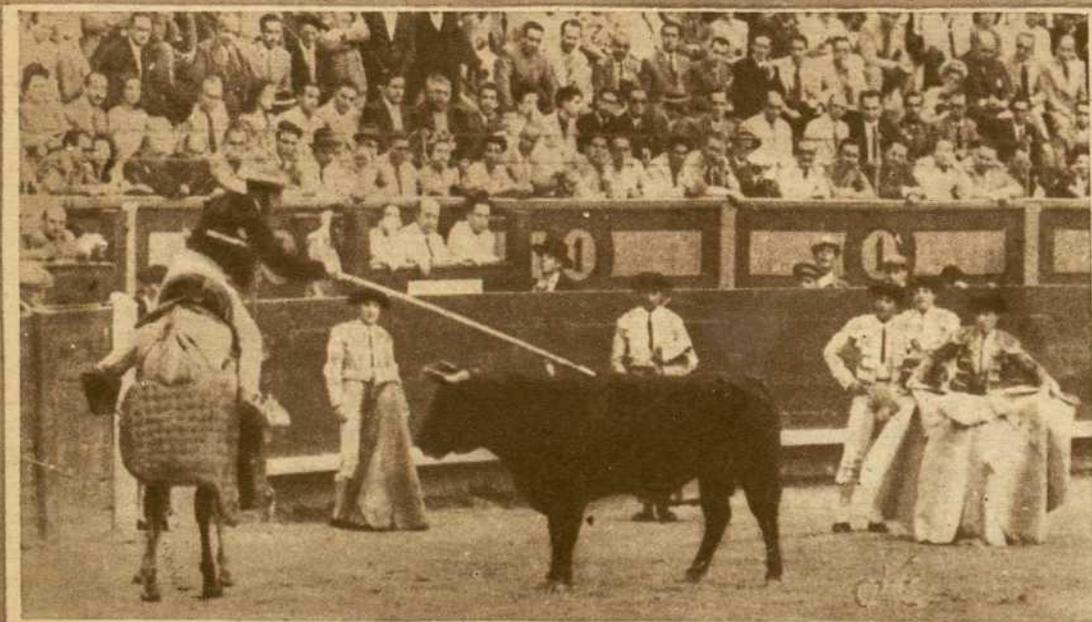
Los espadas antes del pasee



Morenito de Talavera en un lancee



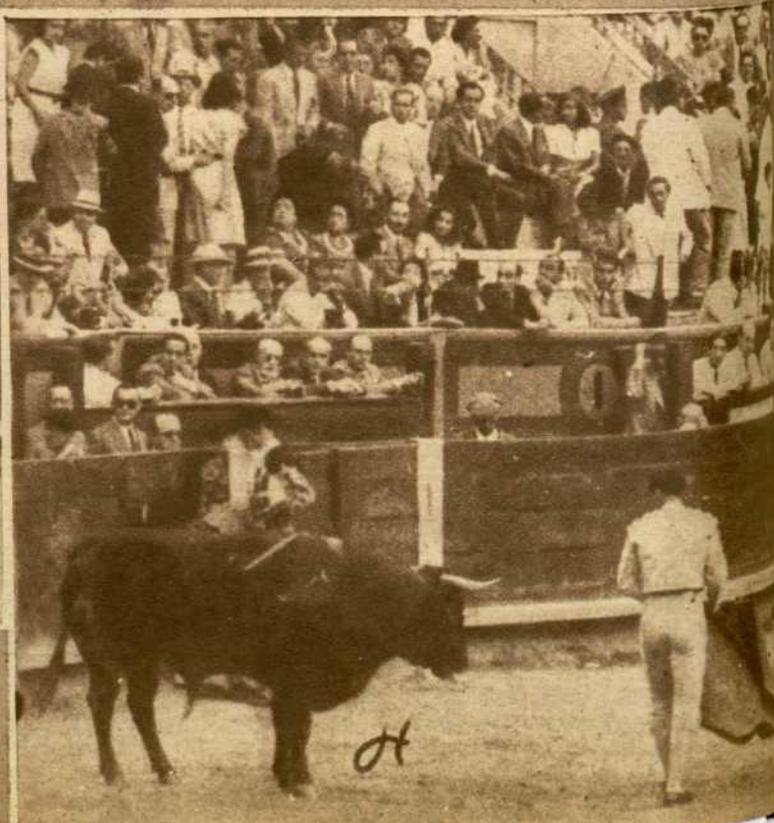
Belmonte en su primer tere



Una vara, y Pepe Luis al quite

Morenito de Talavera igualando al sexto

(Fotos Hermes)





Tomando el olivo.

SUERTES DEL TOREO

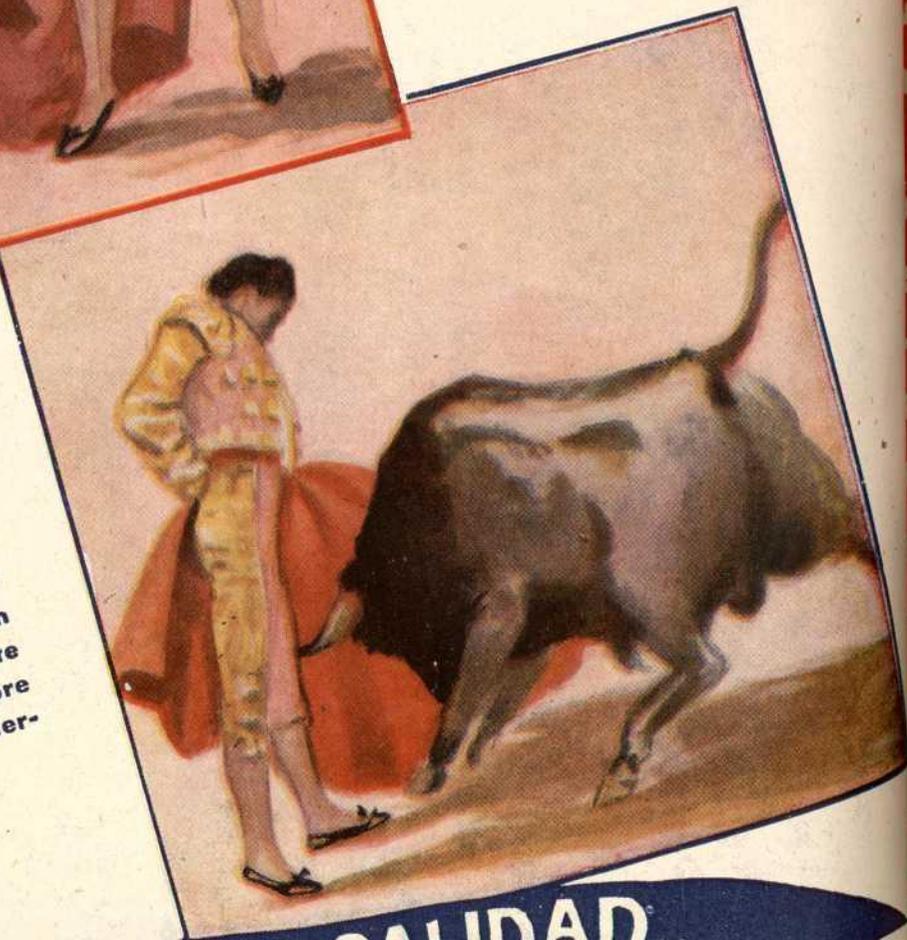
DE FRENTE POR DETRAS

# EL FUNDADOR... Y SUS SEGUIDORES



Pepe-Ilo fué el creador de esta bonita suerte de capa, que practicaba frecuentemente y con gran valentía y emoción.

Es hoy Fermín Espinosa, Armillita, el formidable torero mejicano, uno de los mejores artifices de este arriesgado modo de llevar embebido en los vuelos del capote al toro, casi siempre a la salida de la suerte de varas.



...Y PARA CALIDAD...

## COÑAC FUNDADOR

# DOMMEQ